

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — Tomo XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 489.

SUMARIO.

Viaje del rey de Italia; grabado. — De patas en el infierno. — Apertura de la Exposicion internacional de Londres; grabado. — Las cercanias de Paris; grabado. — Revista de Paris. — Las áncoras de misericordia. —

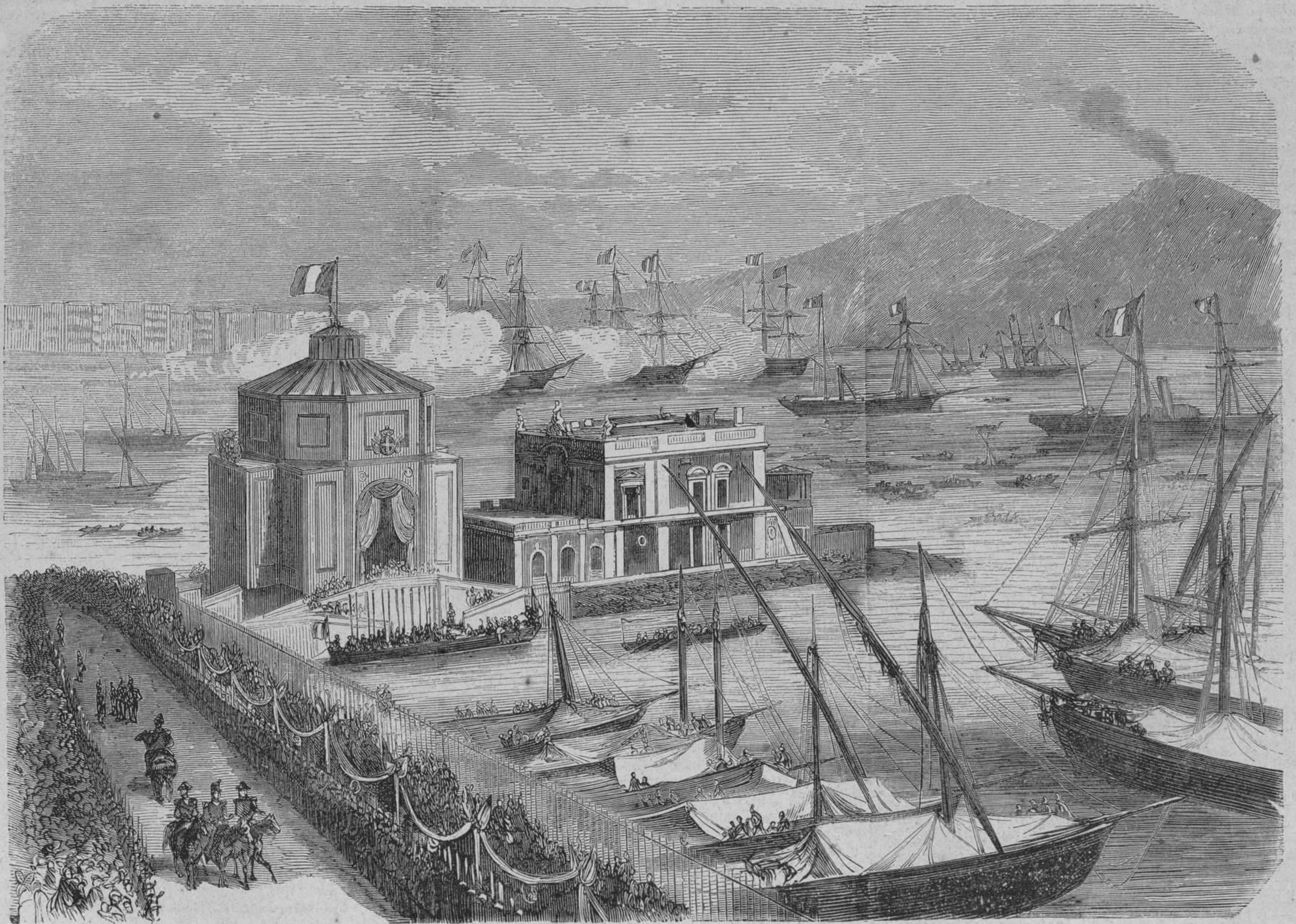
Llegada del rey Victor Manuel á Nápoles; grabado. — Crítica literaria. — Las industrias de la cuenca del Loira; grabados. — Eos hermanos rivales. — Don Bartolomé Mitre; grabado. — Espada regalada al general Mitre; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

De patas en el infierno.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

— Así lo creo, hija, pero hay que convenir en que los que murmuran no van del todo descaminados; porque desengañate tú, cuando un rico pone los ojos en una



Viaje del rey de Italia. — Recepcion de S. M. por la municipalidad de Nápoles. (Véanse las páginas 328 y 329.)

pobre, siempre hay lugar á pensar mal, aunque el rico parezca un santo. Luego don Mateo al fin es hombre, y como decía una tia mia que por cierto murió soltera, « ¡hombres! ¡con el mejor enciendan un horno! »

— Por mas que Vd. me predique, y por mas que digan las malas lenguas, yo no puedo desconfiar de don Mateo, porque sé que me quiere como Dios manda.

— Yo tambien lo sé, hija, y estoy persuadida de que es un santo, pero á pesar de eso no las tengo todas conmigo. Todos somos mortales, y figúrate tú que lo que Dios no quiera, mañana se muera don Mateo, ¿cómo quedabas tú? perdida, porque quedabas con una nota que nadie te quitaba.

— ¡En eso tiene Vd. razon! asintió Teresa saltándose las lágrimas.

Pasaron días y aun semanas, y Teresa se iba desmejorando porque no podía echar de su imaginacion las reflexiones que María le habia hecho cuando fueron á la fuente del Castañar.

Una tarde al anocheecer, al retirarse don Mateo á su casa, se detuvo segun su costumbre á la puerta de casa de Santiago á hablar un rato con la que pronto iba á ser su familia, y anunció á Teresa y Santiago que dentro de ocho días quedaria instalado el hospital, y se abriria la iglesia para unirse con Teresa por toda una eternidad.

Aquella noche Teresa y su padre no durmieron de alegría.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente, y á Teresa comenzó á llamarla la atencion el que don Mateo, que era muy madrugador, no hubiese bajado ya segun su costumbre á presenciar las obras que se hacian á sus expensas.

Miraba con cierta inquietud desde la ventana de su casa hacia el camino del Castañar, cuando en vez de ver bajar á don Mateo, vió bajar corriendo desatentado á uno de sus criados.

Teresa salió asustada á su encuentro á preguntarle qué ocurría, y supo con espanto que el criado bajaba á llamar al señor cura y al médico, porque á don Mateo, que desde el amanecer se sentia algo malo, le habia dado un accidente y se moria.

Poco despues el valle era un valle de lágrimas, porque don Mateo habia muerto.

IV.

Cuando el narrador es hombre de buen criterio, no incurre en el anacronismo y la impropiedad de narrar con los modismos de lenguaje del siglo XIX sucesos del siglo XI, porque, ¿dónde hay cosa mas impropia y mas ridicula, que por ejemplo, hacer que Rodrigo Diaz de Vivar declare su amor á Jimena en estos términos: « Señorita, desde que tuve la dicha de verla á Vd. en el café, arde en mi corazón todo el fuego de los fósforos de Cascaete y de las locomotoras del ferro-carril del Norte: dígame Vd. que quiere ser mi novia, porque si usted me da calabazas, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo? »

El vulgo en sus narraciones incurre sin el menor escrúpulo en estos anacronismos y estas impropiedades por dos motivos: primero, porque no sabe narrar de otro modo, y segundo, porque al ver á los que se tienen por maestros en el arte de narrar poner el *vos* en boca de los castellanos del siglo XIX, se cree autorizado á poner el *usted* en boca de los castellanos del siglo XI.

El vulgo donde pasó lo que voy contando, me refirió lo que pasó á don Mateo así que cerró el ojo, y lo voy á contar en los mismos términos en que me lo contaron, para que se vea hasta dónde puede llegar el vulgo en punto á anacronismos é impropiedades de lenguaje.

¡Silencio, que va á hablar el vulgo!
— ¿Y á dónde me voy yo ahora? se preguntó á sí mismo don Mateo así que estiró la pata. Me voy al cielo, porque ¿á dónde mejor que al cielo podemos irnos los muertos.

Como lo dijo lo hizo: hala, hala, cruzando hondos desiertos erizados de espinas, y rocas y precipicios, llego á las puertas del cielo.

Vió que habia un letrado que decía: « nadie pase sin permiso del portero; » no hizo caso del letrado, porque acostumbrado á este mundo donde todo pasa, creyó que allí sucederia lo mismo.

— ¡Eh! caballero, ¿á dónde se va? le preguntó un viejo que tenia una enorme calva y en la mano un manojito de llaves.

— A ver á S. M., contestó don Mateo.

— ¡Pues me gusta la franqueza como hay Dios! ¿No ha visto Vd. ese letrado que hay en la portería?

— Hombre, déjese Vd. de letrados, que esos los hay en todas, y son como la carabina de Ambrosio.

— Pero es porque los porteros no cumplen con su obligacion.

— Si cumplieran otro gallo les cantaria.

— ¡Qué está Vd. hablando de gallo, grandísimo insolente! exclamó el viejo herido al parecer donde más le dolía.

Don Mateo, que naturalmente tenia gana de entrar, vió que por malas no iba á conseguir el paso del portero, y se decidió á mudar de tono.

— Hombre, perdone Vd. si le he ofendido.

— Es que no andemos con indirectas, porque no las tolero.

— Y hace Vd. perfectamente; me gusta Vd. porque sabe cumplir con su obligacion. Con que diga Vd., ¿está Su Majestad?

— Sí, señor, que está.

— No se parece Vd. á otros porteros que niegan á Cristo Padre...

— Dale bola, con las indirectas.

— Dispense Vd...

— Dispensé, pero ya no dispense.

— ¡Caramba, qué geniecillo tiene Vd., abuelo! Vamos, hombre, eche Vd. un cigarro y seamos amigos.

Y don Mateo, sacando de la petaca un magnifico habano, se lo alargó al viejo, que aunque no fumaba lo tomó por no hacer un desaire.

— ¿Con que desea Vd. ver á S. M? le preguntó el portero con tono ya mas amable.

— Si Vd. me lo permite...

— Vamos, pasará recado á S. M., aunque de seguro me vale una buena peluca.

— Falta le hace á Vd., murmuró por lo bajo don Mateo.

— ¿Cómo es su gracia de Vd.?

— Dé Vd. esta tarjetita.

— Hombre, dijo el portero leyendo la tarjeta; es usted tocayo de un compañero que yo tuve, y que por mas señas era escritor público. Aunque no sea mas que por eso le voy á servir á Vd.

El portero entró, y salió pasado un instante.

— Trabajo me ha costado conseguir que S. M. le reciba á Vd. tan temprano, pero al fin me ha dicho que le deje á Vd. pasar.

— Ea, muchas gracias, y ahí va otro cigarrillo para despues de comer.

El portero abrió la mampara, y don Mateo se coló dentro.

Quedóse don Mateo un poco cortado al pasar á la presencia de S. M.; pero al ver que S. M. era la bondad suma, recibió aliento.

— Señor, dijo, yo venia...

— A pedir un rinconcito por aquí, ¿no es verdad?

— Justamente, señor.

— ¡Ya! ¡como tonto!

— Señor, ¡á qué está uno!

— De buena gana te le concederia, porque casi le mereces; pero antes tienes que llenar un requisito.

— ¿Cuál, señor?

— El de pasar un par de dias en el purgatorio.

— ¿Pues qué delito he cometido yo para eso?

— ¡No es nada lo del ojo! has tenido entretenida mas de medio año á una muchacha honrada.

— Pero ha sido con buena intencion.

— Es que si hubiera sido con mala irias al infierno como un señor.

— ¿Y no habria medio de echar tierra á ese peca-

dillo?

— Aquí no se echa tierra á nada. Te parece á ti que aquí hacemos lo que por allá.

— Bien, señor, me resignaré á sufrir la pena; pero vamos, que algo menos será...

— No hay menos que valga.

— No ha de tener V. M. palabra de rey...

— La tengo, y basta de conversacion. Para que veas que te estimo y que tengo en cuenta tus buenas obras, te voy á evitar el bochorno de ir de justicia en justicia como van otros.

— Dios se lo pague á V. M.

— ¿Me das tu palabra de honor de que irás via recta á tu destino?

— Sí, señor.

— Ea, pues andando.

— Quede V. M. con Dios.

— Anda con Dios, hombre.

Apenas salió don Mateo del cielo, encontró á un vecino suyo que habia muerto hacia seis dias, y á quien él creia dentro, pues todos le tuvieron siempre por un santo.

El vecino venia muy alegre.

— ¡Usted por aquí! exclamó don Mateo asombrado.

— ¿De dónde se viene?

— Del purgatorio.

— ¿Y cómo le han dejado á Vd. salir?

— Porque he cumplido y llevo ya aquí la absoluta, contestó el vecino, indicando el canuto de hojalata que llevaba al cuello pendiente de una cinta.

— Poco tiempo ha estado Vd. por allá.

— ¿Poco tiempo, dice Vd.?

— Seis dias lo mas.

— ¡Seis mil años lo menos!

— ¡Aprieta, manco! dijo para sí don Mateo horrorizado; cuando seis dias se le han hecho á este seis mil años, ¡floja chamusquina habrá por allá!

Y continuó su camino.

Apenas anduvo algunos pasos, se encontró en un sitio verdaderamente extraordinario: era un campo rodeado de árboles y flores, y fecundado por cristalinas fuentes; pero allí todo era vago é indeciso, lo mismo la luz que el agua, lo mismo los árboles que las flores.

La luz era triste, las flores inodoras é incoloras, los árboles no daban sombra ni fruto, el sol no calentaba, y las fuentes, á pesar de ser frescas, ni aplacaban la sed ni reproducian los objetos en sus ondas.

Sentíase allí un bienestar parecido al que proporciona el sueño; pero se sentia al propio tiempo un malestar parecido al que proporciona la pesadilla.

Multitud de niños, ni tristes ni alegres, vagaban por aquel campo.

Don Mateo los acarició, y si no rehusaron sus caricias, tampoco dieron muestras de placer al recibir las.

Don Mateo les dió cuartos para rosquillas, y los recibieron con indiferencia.

Don Mateo les echó á rodar naranjas, y las cogieron indiferentes tambien.

Por último, don Mateo acudió al medio supremo para vencer la indiferencia de los niños, que consiste en hablarles de soldados, y los niños le oyeron como quien oye llover.

Lo único que parecia conmovellos tristemente, era el resplandor que brillaba hacia la parte del cielo.

— ¡Qué criaturas tan singulares! exclamó don Mateo. ¡Ni en el cuerpo ni en el alma sienten calor ni frio! ¡Están como los niños del limbo!

Nuestro viajero trató de continuar su camino y dirigió la vista al paisaje que tenia delante.

Dos caminos distintos partian desde aquel campo, siguiendo el fondo de dos distintos valles.

Ambos valles eran hermosos, pero sobre todo el de la izquierda era un paraíso terrenal.

— ¿Cuál de estos dos caminos, dijo don Mateo, será el del purgatorio? Naturalmente lo será el mas florido, porque en el camino del purgatorio debe abundar la flor de la esperanza que es la reina de las flores, y en el infierno no puede haberla. Sigamos pues el camino de la izquierda, que es el mas florido.

Como lo dijo lo hizo.

Aquel camino era deliciosísimo: los piés se deslizaban por él con facilidad pasmosa.

Flores de maravillosa hermosura y frutos delicadísimos abundaban por todas partes.

Músicas deliciosas recreaban el oído.

Mujeres llenas de hermosura y gracia sonreían y provocaban al viajero, vagando por aquellos jardines ó descansando blandamente en aquellas alfombras de flores.

A la sombra de aquellos floridos pabellones recreaban el olfato y la vista mesas cubiertas de los manjares mas delicados.

Todos los placeres que el diablo y los hombres han inventado para la gloria ó la perdicion del género humano se encontraban allí.

— ¡Oh, Señor! exclamó don Mateo, ¡cuán incomprendibles son tus obras para la mezquina inteligencia humana! El que no tenga la fe que yo tengo en tu sabiduría y haya visto como yo el camino del cielo, árido é ingrato, y el del purgatorio facil y lleno de encantos, ¿cómo podrá creer que uno y otro son obra de la sabiduría suprema!

Tantas bellezas, tantos placeres, tantos encantos, empezaban ya á cansar, á marear, á hastiar, á fatigar á don Mateo, cuando de repente, á las flores sucedieron los abrojos; á los árboles frondosos árboles agostados; á las alfombras de flores ásperas rocas; á los floridos pabellones horribles cavernas; á las acordadas músicas aullidos de fieras y sibidos de serpientes.

— ¡Ya pareció aquello! exclamó don Mateo, horrorizado con tanto mas motivo, cuanto que se encontró frente de un edificio sombrío, por cuya puerta, mas sombría aun, salía un humo negro como la pez y apesoso como la asafétida.

De aquel edificio salía un ruido infernal de lamentos, de aullidos, de maldiciones, de amenazas, de golpes, de explosion de minas, de hervir de calderas, de erugidos de huesos, de rechimiento de dientes, y un olor á chamusquina insufrible.

— ¡Hé ahí el purgatorio! dijo don Mateo, y se encaminó hacia la puerta de aquel siniestro edificio.

Al acercarse, retrocedió algunos pasos sintiéndose sin fuerzas para atravesarla.

— *Quid faciendum?* se preguntó; si no entro por buenas es muy posible que alguno de esos gusarapos que andan por ahí me arree y me haga entrar por malas, con el ítem de algunos dias de recargo en mi condena.

Por otra parte, yo que nunca falté á la palabra dada á los hombres, ¿he de faltar á la palabra dada á Dios? Nada, nada, pecho al agua y sea lo que Dios quiera.

Así diciendo, tomó carrera, cerró los ojos, y á la una, á las dos, á las tres, se sopló en aquel antro infernal.

V.

Tres horribles mordiscos que simultáneamente sintió en la pantorrilla, y una gran cornada que sintió en la cara, lo hicieron echar el primer pecado que habia cometido en su vida.

Abrió los ojos para ver á quien debia aquel recibimiento, y se encontró con que le habia dado los mordiscos un perro de tres cabezas que estaba junto al quicio de la puerta, y la cornada un hombreton que ostentaba en los piés y en las manos uñas de á cuarta, y en la frente cuernos de á vara.

— ¡Ya podia Vd. dar cornadas á la cabra de su madre y tener atado ese perro! dijo don Mateo al de los cuernos.

— ¡A mi no me alce Vd. el gallo porque le rompo á usted el alma! ¿Vd. sabe con quién está hablando?

— ¡Con el demonio, Dios nos perdone! ¡Qué hombre tan bruto; á poco mas me saca un ojo!

Apenas habia dicho esto don Mateo, centenares de verdugos provistos de tenazas, de sierras, de hierros candentes, de cacillos de pez hirviendo y de plomo derretido se lanzaron á él dando horribles carcajadas.

El de los cuernos pegó con estos en la pared, y el golpe produjo un ruido espantoso que retumbó por toda aquella horrible mansion é hizo detenerse, echando espumarajos de rabia á todos los verdugos que se dirigian á don Mateo.

— ¡Nadie toque á este perillan hasta que yo dé permiso para ello! exclamó el de los cuernos.

— Señor director, será Vd. obedecido, contestaron los verdugos humildemente, y cada cual volvió á su puesto y á la ocupacion que antes tenia.

A pesar de la cornada, don Mateo dió las gracias al director, porque le había librado de todos aquellos calafates.

— No hay de qué darlas, le contestó el director. Noto en Vd. un no sé qué que no tiene ninguno de los que vienen aquí, y no quiero exponerme á incurrir en el delito que purga aquel juez que ve Vd. en aquel tablado.

Don Mateo miró hacia el sitio que señalaba el director, y vió á un togado á quien un verdugo daba garrote haciéndole crujir la nuez y sacar un palmo de lengua, operación que el verdugo repetía sin cesar, pues el agarrado quedaba sano apenas el verdugo le daba una sangría por medio de un manojito de víboras que le aplicaba al pescuezo.

Don Mateo apartó con horror los ojos de aquel espectáculo preguntando:

— ¿Qué delito ha cometido ese desventurado para que así se le castigue?

— Anticipó una hora la ejecución de un condenado á muerte, cuyo indulto llegó media hora después de la ejecución, y por haber cercenado una hora de vida padece una eternidad de tormento.

— Horrible es el castigo, pero también es justo, porque el juez mas debe pecar de indulgente que de severo.

— Hombre, hágame Vd. el favor de no propalar doctrina tan subversiva que ya ha hecho perder á nuestro establecimiento negocios muy bonitos. Ayer, sin ir mas lejos, se nos escapó otro juez que teníamos casi asegurado, y ¿por qué creará Vd. que fué? Pues se nos escapó por haber retrasado una hora la ejecución de un reo cuyo indulto llegó antes de llegar al *su único hijo* (1).

Unos gritos horribles de hombre y de mujer que se maldecían recíprocamente hicieron á don Mateo dirigir la vista hacia otro lado, y vió á una mujer y un hombre estrechamente unidos por medio de una cadena de fuego que serpeaba al rededor de aquellos dos cuerpos que se abrasaban sin consumirse.

— Esos, le dijo el director, eran dos amantes.

— ¿Pues qué el amor es delito?

— Yo le dire á Vd. Ese mozo que Vd. ve era casado, y la que le acompaña á pesar de eso no tuvo inconveniente en enredarse con él. Al morir salió nuestro hombre con la pata de gallo de que su mujer era así ó asado, y de que nunca la dejó carecer de nada; pero Dios le dijo que no había tu tía, y nos le mandó por acá, haciendo después lo mismo con su amiga.

— ¡Oh, qué horrible consorcio!

— También Vd. tendrá aquí una buena moza con quien compartir sus penas.

— ¡Yo!... ¿Quién?

— Toma, la Teresa.

— Teresa es tan santa y tan pura...

— Hombre, no digo que ahora no lo sea, pero verá usted como viéndose con la notita que Vd. le ha echado encima, dice al fin y al cabo: «ya que me lleva el diablo que me lleve en coche.»

— La conoce Vd. muy mal.

— Conozco á las mujeres muy bien, como que con ellas hace mi establecimiento los mejores negocios.

— Pues aunque todos duden de Teresa, á ella le bastará el testimonio de su conciencia.

— Hombre, el testimonio de la conciencia es gran cosa; pero desengañese Vd., las mujeres necesitan un poquito mas. Y si no ahí tiene Vd. á esa de la cadena que no me dejará... mentir: era la virtud misma y se echó un novio que la quería con el fin mas santo; pero el novio, hoy por esto, mañana por lo otro, fué dando largas al casorio, hasta que un día estiró la pata, y la pobre muchacha viendo que ningún soltero la decía por ahí te pudras, respondió quiero al primer casado que la dijo envído.

El dolor que don Mateo sintió al oír hablar así al director de aquella horrible morada, solo se puede comparar con el que experimentaban aquellos culpables amantes unidos por un círculo de fuego. Quiso preguntar al director qué pena había cabido al primer amante de aquella mujer, pero no tuvo valor para hacer tal pregunta, porque la gravedad de la culpa ajena era la gravedad de la falta propia.

— Ea, le dijo el de los cuernos, mientras yo voy á aclarar ciertas dudas que respecto de Vd. abrigo, entreténgase Vd. par ahí viendo el establecimiento, porque le conviene á Vd. irse familiarizando con el trato que aquí se da, para que luego no le coja á Vd. de susto.

El de los cuernos se alejó.

Don Mateo, á pesar de que no hacía un cuarto de hora que estaba allí, y á pesar de que el único daño material que había experimentado se reducía á los tres mordiscos y la cornada, había padecido tanto que le parecía haber pasado allí un siglo.

VI.

Contemos cómo mataba el tiempo don Mateo mientras la telegrafía eléctrica transmitía el siguiente despacho del director del establecimiento penal á donde le habían llevado sus pecados:

«Acaba de ingresar en el establecimiento de mi cargo un tal don Mateo, y como no trae en la frente la señal de los réprobos, he suspendido todo procedimiento hasta recibir las oportunas instrucciones que espero por la vía telegráfica.»

(1) Sabido es que al pronunciar el reo de muerte las palabras *su único hijo* del credo, desempeña el verdugo su horrible oficio.

Nuestros lectores habrán observado que esta comunicación carecía del «Dios guarde» consabido. También lo hemos observado nosotros, pero adelante con el cuento.

Don Mateo, al verse solo, tuvo la idea de tomar la puerta así como si saliera á ver qué tiempo hacía; pero el maldito del perro estaba en el corral enseñando seis espantosas carreras de dientes y mirándole con unos ojos tan airados, que parecía quererle comer vivo.

En vista de esto desistió de su idea y empezó á recorrer el establecimiento.

Lo primero que se echó á la cara fué dos hombres que se daban al demonio porque se los obligaba á uno de ellos á leer un libro, y al otro á contemplar un cuadro.

Don Mateo recorrió una página del libro y echó una mirada al cuadro, y aunque no entendía mucho de literatura ni de bellas artes, se indignó de que tales libros se escribiesen y tales cuadros se pintasen.

Aquellos dos hombres padecían horriblemente: ambos se retorcian de dolor, ambos gritaban, ambos maldecían, ambos pedían que se les conmutase la pena de leer el libro y contemplar el cuadro por la de nadar en una caldera de pez ardiendo, por la de hacerse chicharones en un horno que calcinara las piedras en un segundo, por la de habitar en compañía de su suegra que tenía una celda en el establecimiento, ó por la de ser periodistas como el autor de estos cuentos, sin mas esperanza de gloria ni dinero que la de ganar muy tasadamente el pan nuestro de cada día.

— ¿Quiénes son estos hombres? preguntó don Mateo á una especie de *cicerone* que se había echado.

— Esos, le contestó el *cicerone*, eran un escritor y un pintor de gusto depravado, y cuando murieron, Dios no tuvo misericordia con ellos, porque si los que se imponen la noble misión de deleitar á la humanidad con las perfecciones de la inspiración y el arte, la atormentan con las monstruosidades de la ineptitud y el mal gusto, faltan completamente á su deber y se hacen dignos de ejemplar castigo. El que Dios impuso á esos se redujo á darles la perfección del gusto y obligarlos á contemplar sus propias obras.

Don Mateo comprendió, al oír esto, lo horrible del tormento de aquellos desgraciados, y lleno de profunda compasión pensó en la suerte que está reservada á muchos de los que en España manejan la pluma ó el pincel.

— Ahora, si á Vd. le parece, dijo el *cicerone*, iremos á ver las calderas de Pero Botero.

— ¡Calla! reflexioné para si don Mateo, yo creí que Pero Botero era una especialidad del infierno, y nada tenía que ver con el purgatorio. Vamos, ya caigo en lo que es: aquí se da por analogía ese nombre al encargado de las calderas, por ese afán que se nota en lo secundario de tomar el nombre de lo principal, afán que ha multiplicado en España las Puertas del Sol y los Tios Vivos, y en el mundo los cafés Suizos y los Humes.

Don Mateo, precedido de su guía, pasó al departamento de las calderas, y vió al llamado Pero Botero dirigiendo una tropa de operarios feos como demonios, que se ocupaban en alimentar el fuego que ardia bajo una inmensa fila de calderas de todos tamaños en las que hervía toda clase de betunes y metales.

Un ser viviente se freía ó se cocía en cada caldera.

Don Mateo fijó su atención en las dos primeras; en una de ellas daba espantosos alaridos un hombre sumergido hasta el cuello en hirviente líquido, y en la otra otro hombre sumergido solamente hasta la cintura.

— ¿Quiénes son esos desventurados? preguntó al *cicerone*.

— El que está metido hasta la cintura es el tirano de una nación, y el que está metido hasta el cuello es el libertador de la misma.

— ¿Y por qué padece el libertador?

— Porque hizo tan infeliz á la nación con la libertad, como el otro con la tiranía.

— ¿Y por qué el tirano es castigado con menos rigor que el otro?

— Porque tuvo siquiera la virtud de la sinceridad que el otro no tuvo.

Don Mateo estaba ya quebrantado con lo que había padecido desde que atravesó los umbrales de aquella abominable mansión, y en lugar de continuar su revista, volvió pues atrás cerrando los ojos para no contemplar mas horrores.

— Pero hombre, le dijo su guía, si le falta á Vd. ver lo mejor.

— No quiero ver mas, replicó don Mateo, porque con lo que he visto estoy sufriendo las penas del purgatorio...

— ¡Schut! le interrumpió el guía poniéndole rápidamente la mano en la boca. Cállese Vd., condenado, que si el director le oye á Vd. nombrar ese establecimiento ya está Vd. aviado...

— ¿De qué establecimiento habla usted?

— De ese que ha nombrado Vd. El director no quiere que se le miente, porque nos quita los mejores parroquianos.

— Quien se los quitará á Vds. será el infierno.

— ¿Qué infierno ni qué calabaza, hombre, si el infierno es este!

— ¿Qué? ¿qué ha dicho? preguntó don Mateo pegando un brinco y aplicando el oído con mortal ansiedad.

— ¿Es Vd. sordo, hombre, ó quiere Vd. que le regalen el oído? He dicho que el infierno es este.

No hay palabras para expresar el terror que se apoderó de don Mateo al saber que se había metido de *patas en el infierno*.

— ¡Ah! ¡yo me tengo la culpa, por bruto, por ani-

mal, por estúpido! murmuraba cascándose cada puñetazo que daba compasión á todos los circunstantes. Bestia de mí, que tomé el camino de la izquierda por tomar el de la derecha, sin hacerme cargo de que el camino del infierno tenía necesariamente que ser mas florido que el del purgatorio, y el del purgatorio mas florido que el del cielo.

Así se lamentaba don Mateo, cuando apareció el director con un despacho telegráfico en la mano.

— Va Vd. á tomar el portante mas pronto que la vista, le dijo hecho un Lucifer. En este despacho se me anuncia que es Vd. un intruso...

— Y tres mas que me marcharé.

— ¡Pues largo de aquí!

— ¡No tiene Vd. poco fuero que se diga! Por no verle á Vd. esa cara de demonio...

El de los cuernos que se conocía tenía un geniecillo endemoniado, fué á dar una cornada á don Mateo; pero el *cicerone*, á quien este acababa de dar un Napoleón, sabedor de que allí también corren, intervino, á pesar de que estaba en moda el principio de no intervención, y el director se contentó con empujarle hasta la puerta, darle allí una patada en la parte posterior, y echarle el perro que no hizo mas que desgarrarle los pantalones.

VII.

Don Mateo empezó á desandar todo el camino del infierno, porque como no había travesía alguna para pasar al del purgatorio, necesitaba volver al punto de partida de ambos, es decir, á aquel campo singular interpuesto entre el cielo y las vías de la expiación.

Como llevaba los pantalones rotos, temía que los niños se riesen de él. Sin embargo, los niños estaban donde poco antes los había dejado, y aunque le vieron, le vieron con la mayor indiferencia.

Una idea luminosa le ocurrió al hallarse otra vez casi á las puertas del cielo.

— He pasado ya, dijo, las penas del purgatorio, y quien sabe si el Señor, que es todo bondad y misericordia, querrá tenérmelo en cuenta, aunque todo ha sido por torpeza mía. Ya que estoy aquí, voy á apelar nuevamente á su bondad... ¡Y qué demonche! si me dice que no, ¿qué puedo perder? Si me dice que no, emprenderé lleno de resignación el camino del purgatorio, y expiaré mis culpas exclamando: ¡Señor, hagase tu santa voluntad!

Don Mateo comparó nuevamente ante el supremo Juez é impetró su misericordia, aprovechando también la ocasión para pedirle que la tuviera de la pobre Teresa, que quedaba en el mundo llorando y expuesta á la perdición.

— Llegaste á mi presencia, le respondió el Señor, con una mancha, que aunque leve, me impedía colocarte á mi lado; pero voy á echar sobre tí y sobre la que te llora en la tierra el manto de la misericordia.

Vuelve al mundo y purifícate allí con la virtud y el arrepentimiento, que el cielo se regocijará un día si venis á sentaros á mi diestra tú y la elegida de tu corazón.

Don Mateo se vió súbitamente sumergido en profundas tinieblas y creyó atravesar regiones desconocidas, quedando por fin en completa quietud.

Un frio glacial entorpecía sus miembros y su inteligencia.

De repente sintió caer una gota de calido licor y posarse unos labios en su mejilla. La vida tornó, también de repente, á su cuerpo y á su inteligencia, y abrió los ojos confundiendo un grito suyo con el grito de una mujer.

Hallábase en su habitación, en la casería de la montaña; y Teresa, trémula de alegría y de rubor, estaba á su lado.

La desconsolada virgen había penetrado en la cámara mortuoria á depositar una lágrima y un beso en la mejilla del muerto, y el muerto había resucitado al sentir el calor de aquel santo beso y de aquella santa lágrima.

Para la filosofía atea es inexplicable que á la voz de Jesús se alzara Lázaro del sepulcro.

Para el vulgo lo es también que el beso de una virgen sin mancha torne la vida á un cadáver.

¡Señor! ¡gracias por habernos colocado en el mundo de las creencias un poco mas arriba que el vulgo y los filósofos.

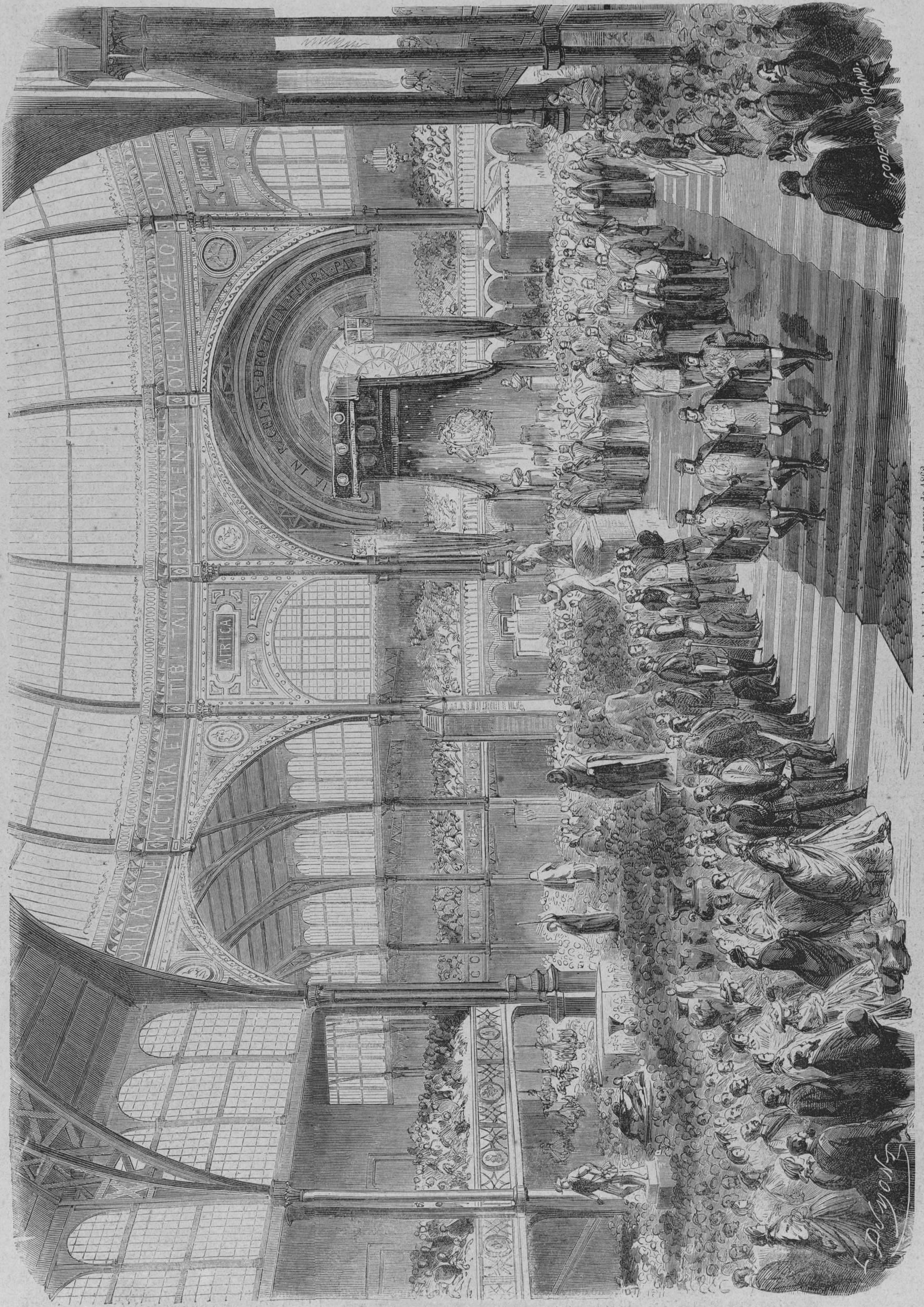
Para el vulgo, don Mateo volvió de un accidente, que hasta el médico creyó haberle arrebatado la vida.

Ocho días después don Mateo, á los pies del sacerdote, preparaba su alma para unirle á la de Teresa con un vínculo santo y eterno, y confió al sacerdote la maravillosa historia que acabamos de contar.

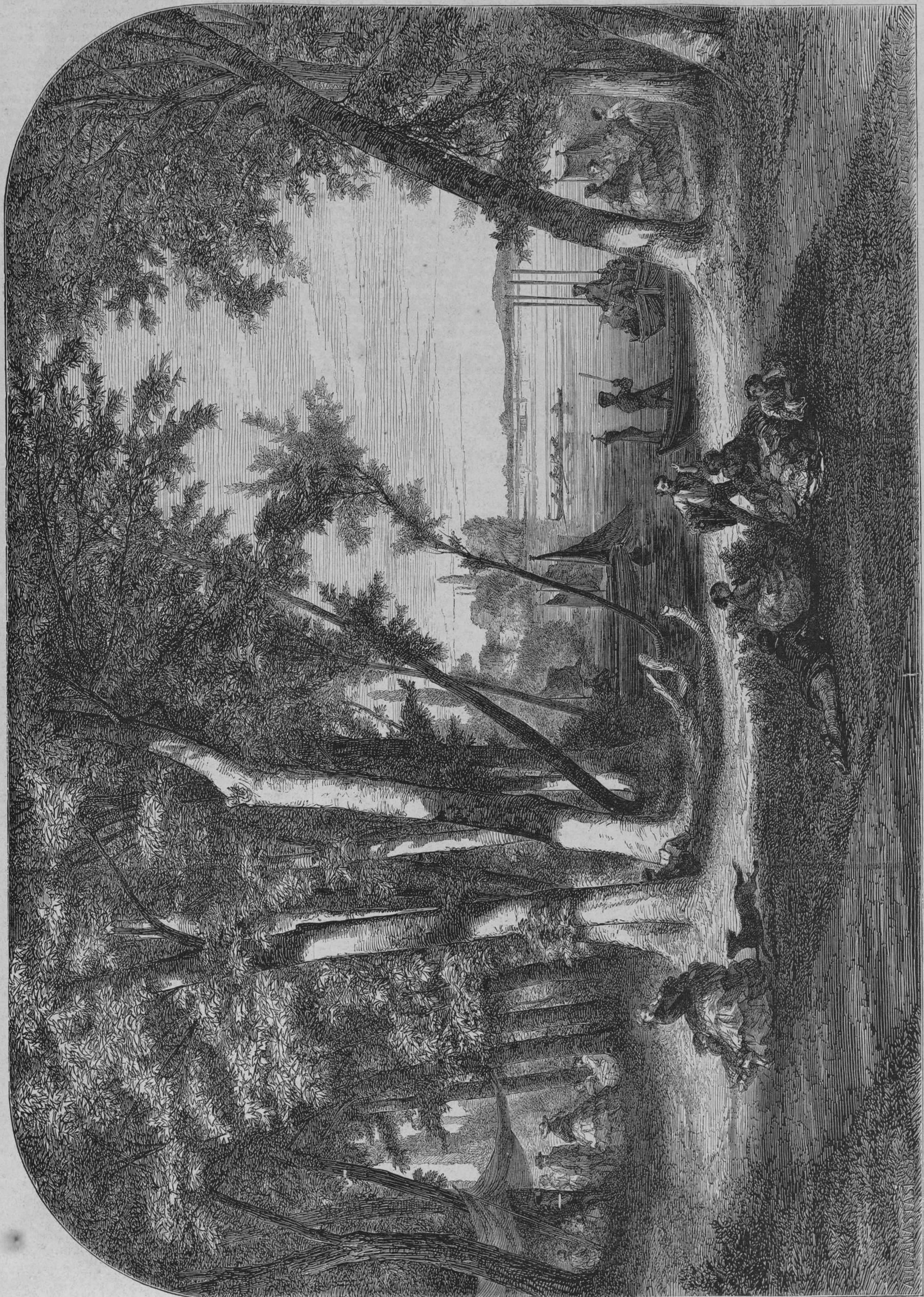
— Hijo, le dijo el sacerdote, todo eso ha sido un sueño, un delirio de enfermo, porque Dios está demasado alto para que pueda haber semejanza alguna entre las cosas del cielo y las de la tierra; pero bendice al que te ha dado ese sueño, porque en él te ha dado alta enseñanza que no debes olvidar.

Apertura de la Exposición internacional de Londres.

Londres presenció el 1º de mayo un espectáculo magnífico, al que no ha contribuido poco la naturaleza: aquel país nebuloso ha visto brillar en ese día un sol



Apertura de la Exposición internacional de Londres el 1º de mayo de 1862.



Las cercanías de Paris. — Islas de Croissey en Chatou.

resplandeciente que se destacaba en un hermoso cielo azul, despertando la naturaleza de su larga letargia entre los aromas del oxiacanto y las lilas. Los almacenes y tiendas estaban cerradas, y desde las once de la mañana se veían por la carrera que había de llevar la comitiva una larga fila de elegantes carruajes y una inmensa muchedumbre que deseaba observar hasta los menores detalles de tan magnífica fiesta. Debajo de la cúpula situada en la parte Oeste del edificio se levantaba un dosel, y bajo la cúpula del Este una gradería para los comisionados encargados por la reina de inaugurar la Exposición.

Enfrente de esta gradería se había formado un semicírculo destinado al cuerpo diplomático, ministros nacionales y extranjeros que formaban el personal oficial de la Exposición. La duquesa de Cambridge y la princesa María ocupaban sitios preferentes a la izquierda de la gradería, y detrás la inmensa orquesta y los coros compuesta de 500 músicos y 2,000 coristas, ocupando las señoras el centro del anfiteatro, vestidas de blanco. Costa y Saintou dirigían la orquesta, y cerca de ellos se veía a Meyerbeer. A las dos, el sonido de los clarines anunció la llegada de la comitiva, que entró por la puerta principal de Cromwell road, compuesta de veinte y siete grupos, siendo los más notables los del poeta premiado M. Tennyson, el consejo y secretario de la sociedad de agricultura, el de la de artes, el comisario especial y secretario del jurado, los presidentes de los jurados, el presidente del consejo, comisarios extranjeros, el obispo de Londres, los ministros, los comisarios delegados por la reina para la inauguración, los príncipes reales de Prusia y Suecia y los destacamentos que formaban la columna de honor.

Llegada la comitiva al trono, los comisarios tomaron asiento en sus gradas, y acto continuo entonó el coro y tocó la orquesta el *God save the Queen*. Después leyó lord Grandville un resumen de los trabajos hechos por la comisión, y la comitiva pasó a la parte Este, y habiendo ocupado el duque de Cambridge el sillón que le estaba destinado en la parte más elevada de la gradería, S. A. R., de gran uniforme y con un crespon en el brazo izquierdo, ocupó el segundo puesto, teniendo a su derecha al príncipe real de Prusia, al arzobispo de Cantorbery, lord Derby y el lord chambelán, y a su izquierda al príncipe real de Suecia, al lord canceller, lord Palmerston y el secretario de la Cámara de los comunes.

La orquesta tocó entonces la gran obertura compuesta por Meyerbeer, y después del himno de Tennyson se ejecutó la marcha de Auber. Acto continuo leyó el obispo de Londres una invocación implorando la bendición divina por tan gran empresa, y entonó el *Alleluia*, volviéndose a repetir el *God save the Queen*. El duque declaró entonces abierta la Exposición, y entre las salvas de artillería se dirigió la comitiva a la galería de las artes, con lo que terminó la ceremonia, lamentando todos el vacío que dejaba en ella la prematura muerte del príncipe Alberto.

No vamos a ocuparnos hoy de la Exposición que merece un largo y detenido estudio; pero si queremos decir desde luego que como concurso industrial es muy superior al de 1851. En cambio el palacio no ha llamado la atención como el primero.

La arquitectura de cristal era una creación, y acaso el mejor producto de esa industria que estaba destinada a cobijar. Esta vez si el nuevo palacio se llama Palacio de Cristal, se debe creer que es en virtud del adagio: *Lucus a non lucendo*. Se recorre un kilómetro al rededor de una gran pared de obra de mano que parece un convento y en la que apenas se ven aberturas. La arquitectura de cristal consiste en dos cúpulas de cristal colocadas a uno y otro extremo del edificio y que parecen dos enormes cobertizos de tela metálica puestos sobre algún plano para impedir que entren allí las moscas. Así que no hay que fijarse en el exterior del edificio; no se encontrará en él cosa alguna que excite admiración. Para decirlo más claro, el exterior es feo. Desde el principio del mundo se ha tratado de armonizar lo útil con lo bello, y raras veces se ha encontrado lo uno sin lo otro.

La vista interior que publicamos y que figura el acto solemne de la inauguración, da una idea más aventajada, debida sin duda a las riquezas industriales y artísticas que contiene. Lo que se echa de ver a primera vista en esta fiesta pacífica de las naciones es el perfeccionamiento de las máquinas de guerra y de los ingenios de destrucción. El *Punch* publica esta semana un grabado que tiene por leyenda lo siguiente: «Proyecto de una estatua que se ha de erigir en el palacio de la Exposición.» Es la figura de la Paz, que tiene en la mano un ramo de olivo, y está sentada sobre un cañón rayado. No parece sino que la persiguen las sombras del *Merrimac* y del *Monitor*. La cúpula es de forma moderna; las dos grandes campanas que cubren el palacio de la Exposición son también unas cúpulas.

Como especulación creése que la empresa de la Exposición será un buen negocio. La afición a los viajes y los medios de viajar han adelantado mucho en diez años. En 1851 fueron a visitar la Exposición más de seis millones de personas. Pero entonces los caminos de hierro no podían conducir a Londres ó sacar más de cuarenta mil viajeros diarios; ahora esta proporción ha subido a ochenta mil. Con la facilidad que en el continente proporcionan los caminos de hierro, y con la rebaja de precios, no habrá quien no desee ir a Londres.

El número de expositores asciende a 26,000. Francia tiene 4,000; Bélgica, 863; Austria, 1,410; España, 1,133; Roma, 46; el Zollverein, 2,875; las ciudades Anseáticas, 254; Rusia, 659; Italia, 2,070; Suiza, 482; Holanda, 385;

Suecia, 608; Noruega, 213; Portugal, 1,065; Grecia, 252; Turquía, 15; Dinamarca, 299; el Brasil, 230; los Estados Unidos, 60; el Uruguay, 34; África, 198; el Japon y la China, 35; Costa Rica, 11; y 230 el Perú. La India ocupa en el edificio un área de 10,000 pies; pero la exhibición de sus productos es colectiva, y ha sido hecha por el gobierno de Calcuta. Los 8,500 expositores restantes hasta el número de 26,000, pertenecen a este imperio, la Inglaterra y sus colonias.

El derecho de sacar fotografías de la Exposición ha sido al fin adjudicado a la sociedad estereoscópica de Londres, la cual ha vencido en la subasta a sus competidores, pagando una cantidad considerable de dinero por este derecho. Las vistas no podrán tomarse después de las diez de la mañana, ni venderse dentro del edificio.

El bazar internacional que se ha erigido enfrente de la Exposición, esta ya terminado, y su extensión es de 400 pies de largo, 80 de ancho y 60 de elevación. Este edificio ha sido ya alquilado a los expositores; está muy bellamente decorado, y va a formar una adición interesante a los atractivos irresistibles de la próxima estación de verano en Londres. S. T.

Revista de Paris.

Apenas han salido de esta capital los embajadores japoneses, y ya corren rumores de la llegada de una nueva misión, esta vez procedente de la China, embajada que no excitará menos que la del Japon la curiosidad de los habitantes de Paris. Los plenipotenciarios del celeste imperio vendrán a estrechar relaciones de amistad con Francia é Inglaterra. Mientras nos llega de esas luengas tierras ese envío de exóticos representantes, tenemos aquí personas más augustas en cuyo honor se dan fiestas brillantísimas. El martes último tuvo lugar una gran revista de más de treinta mil hombres pasada por el emperador, con motivo de la permanencia en Paris del rey de los Países Bajos. Nada más grandioso que uno de estos espectáculos militares. A las dos en punto, el emperador y su ilustre huésped rodeados de un estado mayor en el que figuraban muchos generales extranjeros, llegaron al Campo de Marte, cuando la emperatriz, el príncipe imperial, la reina de Holanda y varios personajes de la corte, ocupaban ya el gran balcón de la Escuela militar, elegantemente adornado. Las tropas formadas en batalla sobre varias líneas, se componían de la guardia imperial y de los regimientos de línea estacionados en Paris ó en sus inmediaciones. En seguida principió el desfile, que duró un par de horas, y después el emperador y el rey de los Países Bajos volvieron a Tullerías, siendo saludados por un inmenso gentío, que a pesar de una lluvia tenaz, había acudido presurosa a presenciar esta hermosa fiesta.

El quinto y último día de las carreras de caballos en el hipódromo del bosque de Boulogne ha proporcionado también un rato de agradable solaz al mundo parisiense. A pesar del estado incierto de la temperatura, había un crecido número de espectadores, elegidos, como de costumbre, entre las personas más distinguidas. El rey de Holanda, que había tomado asiento en la tribuna imperial, llevaba la tarjeta del Jockey-Club a la vista, ni más ni menos que uno de los miembros de la sociedad.

En una de las carreras ha ocurrido un incidente notable. El caballo *Benjamin*, del conde Lagrange, había llegado el primero; *Genealogia*, del mismo, el segundo, y *Choisy-le-Roy*, de M. Schickler, el tercero; pero concluida la carrera, el jockey de M. Schickler aseguró que los de M. Lagrange le habían estrechado contra la cuerda, lo que le impidió llegar el primero; los comisarios, enterados de la declaración y en vista de la importancia del asunto, suspendieron su juicio, y fallaron aquella misma noche que el premio sería entregado a M. Schickler. Se trata de una suma de 25,000 francos, que efectivamente ha recibido M. Schickler. Este incidente ha dado mucho que hablar a los miembros del Jockey-Club durante algunos días.

Aunque la estación está ya bastante adelantada, se nota una reerudescencia de bailes y reuniones que forman una brillante despedida de las diversiones del invierno. En Tullerías menudean los bailes en honor de los reyes de Holanda; M. de Rothschild ha dado un gran concierto, en el que se oyeron a las principales celebridades artísticas de Paris; en los salones de la condesa de Walewska ha habido una representación teatral que tenía por espectadores a los principales personajes del mundo oficial, y por último, en varios palacios particulares se han organizado fiestas a beneficio de los pobres, que han sido muy fructuosas.

En el catálogo de casamientos de la semana figura en primera línea el del hijo de la famosa escritora conocida bajo el nombre de Jorge Sand; que contrae matrimonio con Mlle Calamatta. El futuro esposo, llamado Mauricio Dudevant, es hijo del baron Dudevant, que vive todavía, y habita en Vizcaya. Por su madre desciende de Mauricio de Sajonia, y por consiguiente en línea bastarda, del rey de Polonia Augusto II y de la bella Aurora de Königsmarck; la abuela de Jorge Sand (que es hija natural de Mauricio de Sajonia) se casó con el conde de Horn, y luego con M. Dupin de Francuél, propietario del castillo de Nohant, donde reside hace años la famosa escritora. Mlle Calamatta tiene también un apellido célebre: su padre es uno de los grabadores que se hallan a la cabeza de su arte.

El Senado acaba de recibir una petición en la que se solicita la rehabilitación de un condenado a muerte que sufrió su pena, y cuya inocencia está probada. Nada más conmovedor que la historia de esta víctima de un error judicial, que pagó con su cabeza un crimen que otros cometieron. Detengámonos a contar los hechos en sustancia, y tales como resultan de la exposición presentada al Senado por M. Mequillet, quien no se ha cansado aun de defender a los herederos del difunto, a pesar de que nue-

ve veces consecutivas le ha sido negada la rehabilitación que pide con tanta instancia.

El 9 floreal, año IV, se cometió un crimen horrible en el camino de Paris a Melun: asesinaron al correo y al postillon de la mala de Lyon, para robarles una cantidad considerable de dinero.

Se forma causa, y se viene a descubrir que la vispera, cuatro hombres montados se apearon en la posada de Montgeron y comieron en ella. En el pueblo contiguo (Lieusaint), uno de estos hombres, que tenía el cabello rubio, pide una cuerdecilla para sujetarse una espuela, y a las siete se dirigen todos juntos hacia Melun.

Después de cometido el crimen regresan a Paris, y uno de ellos, el llamado Courriol, lleva los cuatro caballos a casa del hombre que se los había alquilado.

Este Courriol fué preso en Chateau-Thierry, así como su concubina, Magdalena Brebant, en el domicilio del ciudadano Gohier.

Un tal Guesno, comisionista en Douai, se hospedaba a la sazón en la misma casa; fué llamado a Paris, mas inmediatamente declararon que no había lugar a proceder contra él.

Guesno, por pura casualidad, se encuentra en las calles de Paris con un paisano suyo, José Lesurques, antiguo militar, empleado en el distrito, hombre respetable bajo todos conceptos, casado, padre de familia, y en una buena posición de fortuna. Guesno se dirigía a casa de M. Daubenton, juez de paz, encargado de instruir el sumario relativo al asesinato del correo de Lyon, para pedirle la restitución de varios papeles que le habían cogido.

— Acompañame a casa del juez, dice a Lesurques.

— No tengo inconveniente, responde este infeliz, que daba el primer paso para ser conducido al suplicio.

En la antesala, dos mujeres llamadas como testigos creen reconocer en Guesno y Lesurques a dos de los criminales. El último particularmente, es para ellas el hombre de cabello rubio que sujetó su espuela con una cuerdecilla.

Al punto les ponen en la cárcel, y dos nuevas coincidencias agravan las sospechas que habían inspirado.

Cuatro días después del asesinato, Lesurques y Guesno por una parte, y por otra Courriol y Magdalena Brebant, han comido en la misma casa.

El 8 floreal, Lesurques había comido con el pintor Hilario Ledru y el joyero Aldenof, después de haber pasado una parte de la mañana en una platería del Palacio Real, perteneciente a un tal Legrand, amigo suyo.

Legrand atestigua la fecha presentando su libro, en el que figura la entrada de unos pendientes que le había llevado Aldenof; pero el presidente dice que la fecha estaba añadida, y que se trataba de extraviar a los jueces.

El fiscal pide el arresto de Legrand, por falsario y por falso testimonio.

Legrand se turba, vacila y tartamudea algunas palabras ininteligibles.

En vano Aldenof y el pintor Ledru declaran con energía, a pesar de las amenazas del presidente y del fiscal, que comieron con Lesurques, que le acompañaron a su casa y le vieron meterse en la cama; y en vano también el pintor Baudart afirma que al concluir su servicio de guardia nacional había ido también a casa de Lesurques y le había visto acostado; sus testimonios no son atendidos.

El presidente Gohier hace el resumen de los debates con una parcialidad, que ya le echaron en cara los diarios de la época.

En tanto que los jurados deliberan, Magdalena Brebant pide que la permitan hablar al presidente, y le declara que el asesinato fué cometido por Courriol y otros cuatro cómplices que no están presos; que Lesurques es inocente, y que un parecido fatal ha hecho que le confundan con Dubosc, que es el verdadero culpable.

El presidente no comunica esta declaración a los jurados, y quedan condenados a la pena de muerte Courriol y Lesurques; Richard a veinte años de cadena, y por último, salen absueltos Guesno y Bruer.

Lesurques protesta mil y mil veces de su inocencia.

Courriol exclama a su vez: — ¡Lesurques es inocente!

Al siguiente día de esta sentencia, Courriol y Magdalena Brebant se confirman en lo declarado y dan las señas de Dubosc, que ordinariamente se cubría la cabeza con una peluca rubia.

El Directorio ejecutivo bajo la presión de la opinión pública, pide una prórogación a la asamblea de los Quinientos; pero a pesar de los testimonios en favor de Lesurques que se acumulan incesantemente, a pesar de M. Daubenton, que se halla convencido de que existe un error fatal, se niega en la asamblea la existencia de Dubosc y se pasa a la orden del día.

El 9 brumario año V, en el tránsito de la cárcel al patíbulo, Courriol no cesa de gritar desde la carreta de los reos a la muchedumbre conmovida:

— ¡Lesurques está inocente!

¡Gritos inútiles! Lesurques es decapitado como los demás, sin que le valgan tan enérgicas protestas.

Siete días después, la asamblea de los Quinientos pudo vencerse de que Dubosc existía.

Buscado con ahínco por la infeliz viuda de Lesurques, estuvo a punto de ser cogido en fragante delito cuanto trató de asesinarla. Algun tiempo después fué preso y se escapó de la cárcel.

Otros dos de los verdaderos criminales; Durochat y Vidal, fueron cogidos, y declararon al morir que conocían a Dubosc, pero no a Lesurques.

Finalmente, en el año IX, Dubosc, preso otra vez, fué ejecutado, y el último de los asesinos, Roussi, pagó también su culpa el año XII, después de haber certificado igualmente la inocencia de Lesurques.

En suma, resultó al fin que cinco individuos habían cometido el crimen, y los ajusticiados fueron seis. Lesurques y Dubosc subieron al cadalso condenados los dos por ser el hombre del pelo rubio y de la espuela rota.

En lo que va de siglo, muchas veces se ha discutido en sesiones públicas este drama terrible, y siempre se ha proclamado la inocencia de Lesurques. ¿Cómo es que a pesar de la convic-

cion general los descendientes de la víctima no han recibido aun la reparacion que se les debe, y con ella los bienes y haciendas embargados por la justicia? Parece ser que en el código de instruccion criminal no se ha previsto el caso: que cuando se ordena la casacion de dos sentencias contradictorias, se supone la existencia de los dos acusados, y que si uno de ellos ha dejado de existir, no ha lugar ya á ninguna casacion, y el error es irreparable. Las voces mas elocuentes del foro de Paris han pedido la rehabilitacion de Lesurques; y todas estas consultas y defensas han sido remitidas por M. Mequillet al Senado, de cuyo alto cuerpo se espera en el día una decision suprema en conformidad al sentimiento público.

Añadiremos, para terminar esta triste historia, que con las peripecias que acabamos de señalar aquí, se ha escrito un drama titulado el *Correo de Lyon*, que hace mas de veinte años se representa á menudo en Paris, excitando siempre la conmocion dolorosa que no habrán podido menos de experimentar nuestros lectores al recorrer las líneas que preceden.

A principios de abril último una modesta familia de artesanos se mudaba de habitacion, yendo á domiciliarse en una casa cuyo piso bajo estaba ocupado por uno de esos judíos que trafican con toda especie de trastos viejos, pinturas, ropas, antigüedades, etc., etc. El que haya leído la *Piel de zapa* de Balzac podrá formarse una idea de lo que son estos curiosos establecimientos, donde se hallan las cosas mas singulares y desconocidas al lado de los utensilios mas prosáicos.

Entre los chismes de la mudanza en cuestion habia un cuadro que habian regalado á la familia hace ya muchos años, y que siempre habia sido considerado como de un valor ínfimo, si es que algo valia.

La pintura, á decir verdad, era un boceto informe, la obra de algun principiante que no habia sabido hacer otra cosa que amontonar colores; todos cuantos habian visto el cuadro se habian reído, y los artesanos habian concluido por meterle en un rincón, esperando el día en que se le comieran los ratones.

A poco de su instalacion en la nueva vivienda, la familia recibe la visita del judío, en ocasion en que se hallaba sola el ama de la casa.

— ¿Qué se le ofrece á Vd., vecino? le pregunta esta.

— Me han dicho que tiene Vd. un cuadro de venta, y vengo á verle.

— ¡Yo! Le han engañado á Vd., no poseo ningun cuadro.

— ¡Ah! en cuanto á eso permítame Vd. que no lo crea; je he visto yo con mis propios ojos.

— ¡Usted!

— Sí, señora; el día de la mudanza le he visto en la calle.

— ¡Oh! ya caigo.

Y corriendo al rincón donde habia escondido el lienzo, le saca y le pone á la vista del mercader, diciendo:

— ¿Es este?

— Sí, señora; y si le quiere Vd. vender, yo trafico en cuadros, y quizá podré darle salida, aunque á la verdad vale bien poco.

— ¿Cuánto daría Vd. por él?

— A Vd. le toca pedir; pero tenga Vd. entendido que no daré mucho.

La mujer reflexionó por primera vez que aquel mamarracho, como ellos le llamaban, podia tener algun valor, y por lo que pudiera ser, pidió mil francos, creyendo que pedia una cantidad exorbitante.

— Es muy caro; veo que no podremos entendernos.

— Ofrezca Vd. pues.

— Ciento cincuenta francos.

La mujer abrió los ojos, y al cabo de un instante repuso:

— No, señor, he dicho mil francos, y no lo daré menos.

El judío saludó y salió del aposento, pero cinco minutos despues ya llamaba de nuevo á la puerta.

— ¡Adelante!

— ¿Quiere Vd. trescientos francos?

— No le daré ni por novecientos noventa y nueve; han de ser mil, ó no hacemos nada.

A medida que iban trascurriendo minutos, el judío iba aumentando los cientos de francos. Por fin llamó definitivamente á la puerta y dijo al mismo tiempo con resolucion:

— Aquí están los mil francos, venga la pintura.

La pobre mujer creyó que soñaba. En su vida habia visto mil francos juntos; ¿qué diría su marido cuando al volver de su trabajo encontrara su casa llena de dinero?

Lo que dijo es que su mujer le habia arrebatado una fortuna deshaciéndose del cuadro cuando el judío debia haberla abierto los ojos acerca de su valor; y en efecto, no se engañaba, pues era una de las primeras obras de uno de los jefes de la escuela moderna, que el judío vendió al instante por la suma de diez y siete mil francos.

Hace algunas semanas no decimos nada de teatros, y esto por la sencilla razon de que hemos entrado en la época en que los empresarios parisienses se duermen sobre sus laureles del invierno, y convencidos de que sus salas han de estar desiertas, no demuestran ningun afán por darnos novedades. ¿Es acertado este cálculo? Del modo absoluto que ellos le toman, parecen que no; pues si bien es verdad que el público huye durante los calores de los teatros que gracias á su construccion se hallan bañados en una atmósfera sofocante, tambien lo es que á este inconveniente hay que añadir el de que las funciones que en ellos le ofrecen se hallan desprovistas de todo interés. Hagase una prueba: que se estrene una de esas obras que hoy llaman la atencion pública, una produccion de Dumas hijo, de Victoriano Sardou ó de Emilio Augier durante el estío, y si el teatro está vacío como lo está hoy que se dan funciones vistas hace veinte años, entonces que se renuncie para siempre á la temporada veraniega, pues habrá fundados motivos para creer que el público no se halla en este tiempo para funciones teatrales. Pero entre tanto, puede estar permitido creer que no tiene el calor toda la culpa de la desercion tan perjudicial para las empresas como para el arte que sufren los teatros de Paris durante la estacion que atravesamos.

MARIANO URRABIETA.

Las áncoras de misericordia.

(Conclusion.)

III.

Raucourt habia tambien notado que se renovaban á expensas de aquella las pociones de la enferma, y que no faltaba para el fuego el combustible necesario; pero por muy penosos que le fueran estos dones, era preciso sufrirlos. Sus recursos y los de Catalina hacia tiempo que se habian agotado, y la venta de algunas bujías bastó apenas para los gastos mas indispensables.

Una tarde que Gontran entró triste y fatigado, despues de inútiles diligencias para cobrar un pequeño crédito que su estado angustioso le habia recordado, encontró á Enriqueta junto á la enferma. Esta, que iba ya adquiriendo el conocimiento de lo que la rodeaba, seguía con la vista el trabajo de la jóven con tierno interés. Raucourt dió su disculpa por haber tardado tanto.

— ¡Oh! Su tardanza no ha ocasionado ningun mal, replicó Enriqueta; M. Gontran puede dejarme con su tia, porque tengo un pedido urgente que me obliga á pasar toda la noche trabajando.

— ¡Todavía mas! murmuró la enferma: esta chica se afana demasiado.

— Es preciso, exclamó Enriqueta que no alzaba los ojos de su pintura, temiendo perder un instante; si yo no entrego el trabajo en el día que se me exige, se lo encargaran á otro; ¿qué me haré yo entonces?

— ¿Pero no pudiera Vd. buscar quien le ayudase? preguntó Raucourt.

— No conozco á nadie que pinte á la aguada, contestó la jóven.

Las miradas de la tia Catalina se encontraron con las de Gontran; este la comprendió.

— Si la señorita Enriqueta quisiera confiarme alguna de sus vitelas, dijo con cierto embarazo.

— ¿A Vd.? repitió la jóven sorprendida.

— Deme Vd., deme Vd., interrumpió con viveza la enferma; ya vereis lo que él sabe hacer.

No atreviéndose Enriqueta á rehusar, confió un abanico al jóven, quien se colocó al otro lado de la mesa y se puso á trabajar al momento.

El gusto natural de Gontran, cultivado por lecciones de excelentes maestros y por la vista de pinturas de primer orden pertenecientes al siglo XVIII, era particularmente apropiado al género de trabajo que se le confiaba. Así es que Enriqueta quedó admirada del resultado. No era esto ayudarla solo en su tarea, era tambien una leccion que debia aprovecharla para lo sucesivo. Animado Gontran por el éxito, la propuso ejecutar á su vista otra pintura de abanico, para que ella pudiese seguir su método y comprender sus procedimientos. La jóven aceptó con reconocimiento; pero despues de haber observado bien, confesó que necesitaria muchas lecciones antes de adquirir aquella facilidad de pincel, si acaso la era posible adquirirla alguna vez. Raucourt propuso repetirlas tantas veces como fuesen necesarias, y cumplió su palabra, volviendo al trabajo á la mañana siguiente.

Esta especie de curso práctico seguido junto al lecho de la tia Catalina, que entraba ya en convalecencia, tuvo por resultado el distraer agradablemente tanto á esta como á sus dos enfermeros. Atraído al gusto de la vida por el trabajo, Gontran no tenia tiempo para pensar en su primera resolucion. Asociado, casi sin advertirlo, á la actividad de la hija de Gervasio, escuchaba sus proyectos, y aun tomaba parte en ellos. Cada día avanzaba mas en las confidencias de esta alma ingenua y serena, y él sentia al mismo tiempo tranquilizarse la suya.

Era como un aire puro que refrescaba su sangre, una especie de contagio bienhechor, por el cual el brusco orgullo y el egoismo ciego hacian lugar á mas dulces emociones. Entonces tambien empezó á notar la belleza modesta de la jóven; vagas imágenes de felicidad pasaban por su pensamiento, pero sin fijarse en él; sus ojos acababan apenas de entreabrirse, y la hora de la luz no habia llegado aun para él.

Mientras tanto la curacion de su tia Catalina era completa: se levantaba hacia algunos días; y por último, el médico dijo que podia salir.

Gontran la ayudó á bajar los ochenta y tres escalones que la separaban de la calle, y la condujo despacito al gran paseo de árboles del Jardín de Plantas.

La convaleciente permaneció alli largo rato sentada, respirando con deleite el aire perfumado, calentando al sol sus languidos miembros, y volviendo á tomar, por decirlo así, posesion de la vida. En fin, se decidió á volver á su guardilla con un suspiro de pesar.

Pero al entrar en ella, se detuvo estupefacta. Enriqueta habia aprovechado su ausencia para adornar con flores la cómoda de nogal; un fuego brillante chispeaba en el hogar, y delante de él se alzaba una mesa con cuatro cubiertos, abundantemente servida.

La jóven corrió hacia Catalina, que habia quedado inmóvil á la entrada, y dándole el brazo:

— Venid, la dijo, vuestra convalecencia es un día de fiesta; mi padre y yo hemos querido celebrarlo.

La anciana no pudo responder sino llorando; en cuanto á Raucourt, por la primera vez despues de mucho tiempo, sintió abrirse su corazón y asomar á su pupila una lágrima de enterneamiento.

IV.

La comida fué alegre y se prolongó hasta tan tarde

como la prudencia permitia; pero al retirarse la tia Catalina á su cuarto para acostarse, encontró sobre su mesa de labor una bolsita que contenia seis monedas de oro, y una tarjeta en la que Enriqueta habia escrito: *Precio de las vitelas pintadas por M. Gontran.*

El jóven y su anciana tia se miraron.

— ¡No podemos aceptar esta suma! dijo Raucourt sonrojado.

— ¿No hemos aceptado nosotros su tiempo y sus vigilias? replicó Catalina con dulzura.

— ¡Ah! ¡teneis razon! exclamó Gontran con una emocion en la que el reconocimiento luchaba con el orgullo; y no tenemos al presente ningun medio de manifestarnos reconocidos á tanta generosidad.

— ¿Y porqué no? contestó la anciana.

— ¿Ha olvidado Vd. nuestra pobreza?

Catalina tomándole las dos manos:

— El que ha podido ganar seis monedas de oro en algunas horas no es pobre, le dijo.

Gontran se estremeció y quedó en silencio; pero al día siguiente se dedicó al trabajo desde el amanecer, y continuó así por espacio de muchas semanas con una constancia incansable.

Este trabajo asiduo le proporcionó el poder pagar lo que debia por la enfermedad de su tia Catalina, y ahorrar además la cantidad necesaria para su proyecto. Una tarde, entrando en su pequeña habitacion, apercibió Enriqueta sobre su chimenea un elegante péndulo al estilo del reinado de Luis XV, y cerca de él una tarjeta en la que Raucourt habia escrito: *Una convaleciente á su enfermera.*

En vano se quejó la jóven de la riqueza del regalo; Catalina la respondió que ella habia hecho á Gontran un presente mucho mas precioso, infundiéndole el gusto y la posibilidad del trabajo.

Las costumbres del jóven habian en efecto cambiado completamente. Su actividad, disipada hasta entonces en placeres facticios y locas pasiones, habia entrado en la senda del deber; habia gustado la satisfaccion de la primera ganancia ó lucro legitimo, se sentia capaz de ocupar su puesto en el mundo, de mantener á alguien con su trabajo, de ser un hombre en fin, digno verdaderamente de este nombre. Aplicado todo el día á su pintura, oia á Enriqueta cantar en la habitacion vecina, y dar las horas al péndulo que la habia dado. Eran estas dos voces amigas que amenizaban y median su trabajo; se le hacian de cada vez mas necesarias; no se encontraba animoso y contento sino con esta condicion. La jóven que le habia abierto esta vida sin remordimientos, era su estrella polar; tenia necesidad de verla para dirigirse, para persistir en su camino: reunidos todas las noches en la habitacion de Catalina ó en la de Gervasio, olvidaban con largas lecturas las faenas del día; esto venia á ser como la salsa del trabajo, el rayo de sol que doraba esta vida monótona. Raucourt no habia sido nunca tan dichoso. Su caja de pistolas relegada en la tabla mas alta de una pequeña biblioteca, estaba cubierta de polvo y completamente olvidada. Todos los recuerdos que le representaban su existencia de otro tiempo iban paulatinamente borrándose; nuevos gustos le habian convertido en un hombre nuevo.

Un día que se hallaba ocupado en concluir un abanico de bastante precio y en el que habia agotado todos los primores de su arte, entró Gervasio y cerró con cuidado la puerta. El denodado impresor parecia inquieto y de muy mal humor.

— Vengo á exigir de Vd. un servicio, vecino, dijo á Raucourt, que estaba sorprendido por su aire.

— ¿De mí? respondió el jóven; si ello es posible, vecino Gervasio, podeis contarlo por hecho.

— Sí, repuso el impresor, sé que nos profesas Vd. una verdadera amistad, y esto es lo que me ha decidido á venir.... Se trata de Perrot el encuadernador, á quien usted ha visto en la casa.

— En efecto, lo recuerdo...

— Es un muchacho honrado y un buen trabajador, que no puede avergonzar á ninguna familia.

— ¿Y bien?

— Pues bien, me pide á Enriqueta para esposa.

— ¡Y ha consentido Vd.! gritó Raucourt palideciendo.

— Precisamente. Un buen marido no es cosa tan comun que se le pueda rehusar cuando llega á ofrecerse.

— ¿Pero vuestra hija? interrumpió el jóven con voz balbuciente.

— ¡Ah! ese es el quid de la dificultad; ¿creerá usted que á la primera palabra se ha echado á llorar?

— ¿La señorita Enriqueta?

— Es imposible hacerla entender la razon. He creído oportuno decirle que Perrot es un buen mozo, trabajador y no tonto; y á todo esto me contesta: ¡Es verdad! y sigue llorando. ¿No es esto para desesperarse?

— ¿Y en qué puedo servir á usted?

— En esto, vecino: mi hija os estima mucho, y si usted le dice que este matrimonio la conviene, que hará su felicidad, estoy persuadido de que consentirá.

— ¿De suerte, que quiere Vd. que yo la hable?

— Si no le cuesta molestia. Usted se hará cargo de que el guardar una hija es una carga pesada, y que yo desear ver á la mia bajo la proteccion de un hombre honrado, que nada la deje que desear cuando yo le falte.

Gontran tendió la mano al oficial de impresor. — Espéreme Vd. junto á mi tia Catalina, le dijo; al instante vuelvo, y todo quedará resuelto.

El instante duró cerca de una hora; en fin, el jóven volvió á aparecer trayendo del brazo á Enriqueta; esta tenia los ojos enrojecidos y la cabeza baja; pero una sonrisa de felicidad entreabria sus labios.

— Usted habia escogido para su hija uno que la ama-

ria sin duda, dijo Gontran; pero vuestra hija había escogido también por su parte.

— ¿A quién pues? preguntó Gervasio.
— A un infeliz desesperado á quien ella ha vuelto la alegría, á un ocioso corrompido á quien ha hecho conocer su deber.

— ¡Cómo! ¡tú! exclamó la anciana Catalina.
— Yo, mismo, que la amo hace ya mucho tiempo, y

que prometo á su padre Gervasio ser á un tiempo buen marido y animoso trabajador.

Los dos jóvenes se acercaron al impresor, quien les abrió los brazos.

— Vamos, exclamó despues de este primer enternecimiento, prefiero este á mi proyecto; es innegable que Dios arregla las cosas mejor que nosotros.

— Sí, repuso Gontran, pues lo que nosotros miramos

como una desgracia, es á veces un medio de salud. Cuando yo creía cierto, seguro el naufragio, la Providencia me envió súbitamente dos áncoras de misericordia: á mi tía Catalina y Enriqueta.

No debe desesperarse jamás del destino ni del alma humana: las posiciones mas tristes pueden superarse con valor, y los corazones mas viciosos purificarse por el trabajo.

Llegada del rey Victor Manuel á Nápoles.

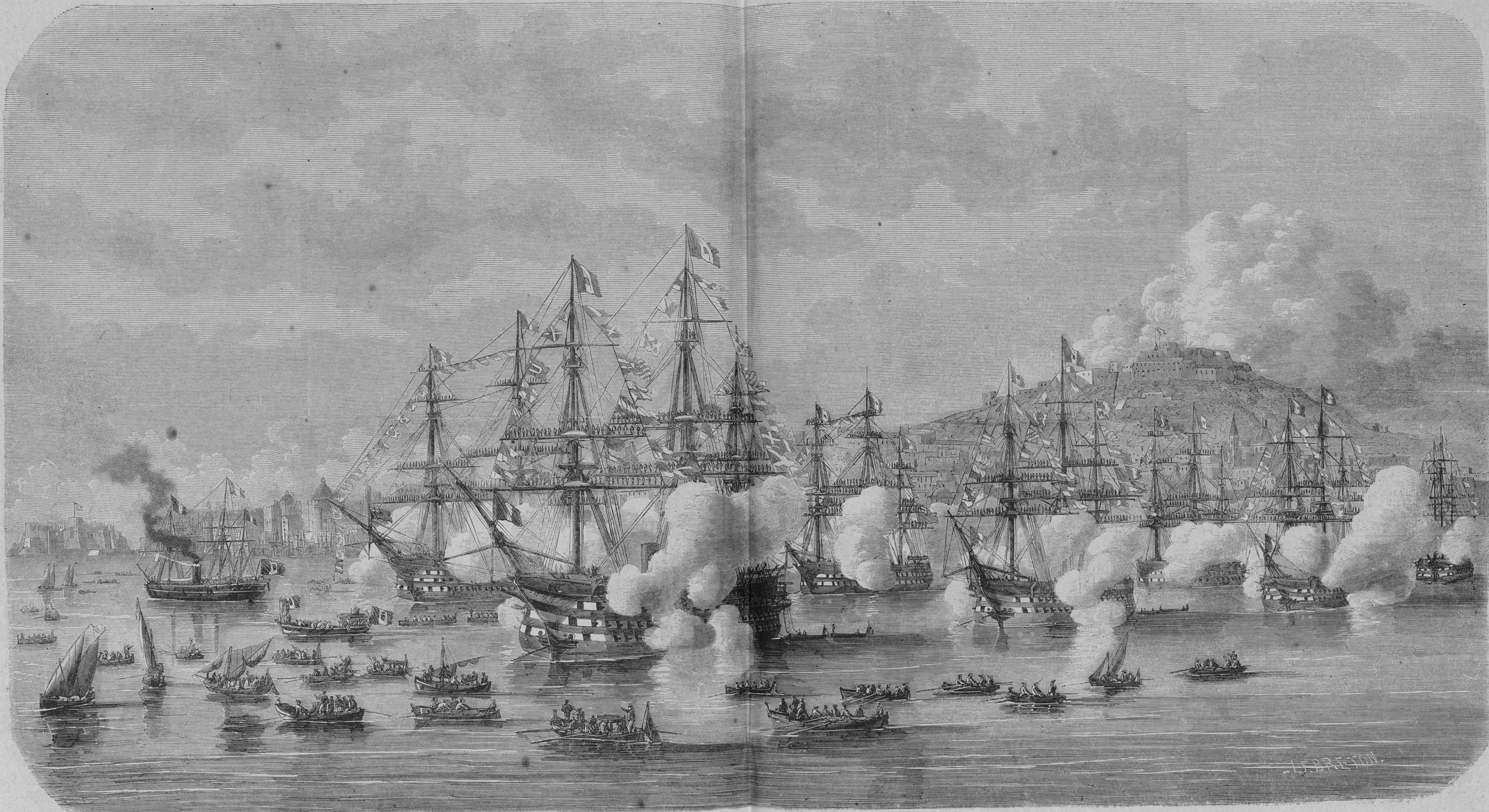
El rey Victor Manuel está efectuando en la actualidad un viaje triunfal por las provincias meridionales del reino de Italia. Hé aquí lo que escriben de Nápoles con fecha 29 de abril, sobre la ostentosa recepción que hicieron en aquella ciudad á su nuevo soberano.

«Ayer llegó el rey, y su entrada en Nápoles fué un verdadero triunfo. Desde la mañana una numerosa concurrencia había invadido el muelle y los buques estacionados en el puerto. Una escuadrilla de lanchas de todas dimensiones cubria materialmente la superficie del agua. El ayuntamiento y todas las autoridades esperaban al rey en un pabellon dispuesto al efecto.

A las cuatro la artillería de la plaza anunció la lle-

gada de la escuadra real. En aquel instante un grito general se escapó instantáneamente de trescientos mil pechos. Es indescriptible el efecto de este momento solemne; fué uno de esos espectáculos que jamás se olvidan.

El rey desembarcó acompañándole el señor Ratazzi, el general La Marmora, el almirante Persano y los oficiales de su servidumbre. El síndico de Nápoles le di-



Viaje del rey de Italia. — Llegada á la bahía de Nápoles de la escuadra de S. M. saludada por los buques franceses é ingleses.

rigió una alocucion. El rey contestó algunas palabras que no pude oír y que fueron contestadas con repetidos vítores.

El ayuntamiento de Nápoles conserva el traje tradicional de la época española. Es una especie de túnica de seda negra ribeteada de terciopelo negro, con bocamangas de seda blanca bordada de oro. Sus coches y lacayos son también á la antigua. Este recuerdo de otros

tiempos en medio de una corte completamente moderna produjo un efecto bastante singular.

El rey subió á una carretela descubierta á la Daumont. Llevaba á su lado al general La Marmora, á quien el presidente del Consejo cedió el sitio preferente por una deferencia que se ha estimado en mucho. El señor Ratazzi iba sentado frente al rey y tenia á su lado al síndico de Nápoles, señor Colonna.

Escortaba el coche real un escuadrón de caballería de la milicia nacional. Las tropas estaban formadas en masa en distintas plazas fuera de la carrera. Puede decirse que Victor Manuel se entregó exclusivamente y sin la menor reserva á la población. El hecho me parece digno de mencionarse. El rey pasó por los barrios mas populosos de la ciudad, á saber, la plaza del Mercado y la calle de Toledo. Gran número de coches seguian al del rey,

conduciendo al ayuntamiento y á la servidumbre real.

En todas partes la gente se apiñaba en las aceras, en los balcones y hasta en los terrados. Llovian flores de todas las ventanas; las señoras agitaban sus pañuelos. En todas partes se gritaba unánimemente: ¡Viva el rey de Italia! ¡Viva Victor Manuel! No se oyó ningun otro grito.

Es digno de mencionarse que por una delicadeza nota-

ble en una población de quinientas mil almas, no se dió un grito siquiera de ¡Viva Garibaldi! Desde que llegué, me decian todos, por cada grito de ¡viva el rey! oíreis veinte de ¡viva Garibaldi! Nada de esto. De aquí debiera colegirse que se ha dado al olvido á Garibaldi. Pero se comprendió que citar cualquiera otro nombre en presencia del rey seria faltar á la deferencia al soberano, y por esto no se victoreó á nadie mas.

En algunos puntos se gritó: ¡Viva Victor Manuel en el Capitolio! Habia algunos que daban este grito con grande energia; pero la mayoría gritaba simplemente: ¡Viva el rey de Italia!

Y volviendo á la comitiva real, debo decir que entre los coches se habian colocado gran número de corporaciones; los estudiantes, las comisiones de beneficencia, las corporaciones de obreros; todos llevaban ban-

deras y ramos de olivo. Note tambien varias inscripciones. En una bandera se leia: *¡ Viva el rey de Italia! ¡ Viva la religion!* en otra: *Sociedad de Mazaniello*; pero por la razon que antes he indicado, dejaron de inscribir el nombre de Garibaldi.

Al llegar a Palacio, Víctor Manuel se asomó al balcon y fué saludado con vitores que se repetian sin cesar. La milicia nacional desfiló debajo de los balcones del real palacio. Esta milicia nacional es verdaderamente admirable. Nunca he visto otra milicia ciudadana de mejor porte y que maniobrara tan bien. Hay doce batallones que casi son regimientos. Cada uno tiene doce compañías de 150 plazas. Se calcula que ayer estaban sobre las armas unos 15,000 hombres.

Después de la milicia nacional desfiló a su vez la guarnición de Nápoles, yendo al frente los cadetes del colegio militar, de gala y con mochila.

Los últimos pelotones estaban formados por niños de diez años. El público aplaudió a esos pequeños soldados, cuyo continente marcial llamó la atención.

Lo más significativo fueron sin duda los aplausos que se dieron a los bersaglieri. Cuando desfilaron estos batallones, cuyo continente militar es notable, prorumpióse en bravos generales que continuaron hasta después de haber desfilado el último batallón.

Este hecho es característico. Digase lo que se quiera, pero nunca se ha aplaudido a los austriacos en Venecia, y sin embargo son excelentes soldados.

Por la noche hubo gran serenata en la plaza de Palacio, iluminaciones, fuegos artificiales. El rey se asomó al balcon, y nuevamente aplaudieron doscientas mil manos.

La escuadra francesa está en la rada. Han venido con el rey cinco buques; esta noche han llegado otros cuatro. La vista de esta escuadra ha impresionado mucho al partido borbónico, que se había imaginado cándidamente, en mi concepto, que el gobierno francés le era favorable.

También hay en la rada tres buques de guerra ingleses, quienes saludaron ayer al rey con salvas de artillería y hurras.

M. Benedetti, ministro de Francia, llegó ayer por la noche en un vapor de la compañía Valery. Hoy se espera a sir James Hudson.

Se me olvidaba decir que en todas partes reinó el mayor orden a pesar de la extraordinaria concurrencia.

El rey Víctor Manuel visitó la flota enviada al puerto de Nápoles por el emperador Napoleón, y seguidamente dirigió a S. M. I. la siguiente carta fechada el 3 de mayo:

«Acabo de visitar en este momento la flota que habeis tenido a bien enviarme a este puerto. Este acto de benevolencia hacia mi persona y de simpatía por la causa de Italia me ha conmovido vivamente, y os doy las gracias por ello. Hace largo tiempo, señor, que no he experimentado tantas emociones como en este día.

«El orden que reina en estas provincias meridionales y los testimonios de vivo afecto que recibo de todas partes responden victoriosamente a las calumnias de nuestros enemigos, y convencerán, así lo espero, a la Europa de que la idea de la unidad de la Italia se funda en bases sólidas, y se encuentra profundamente grabada en el corazón de los italianos.

«Aceptad, señor, los sentimientos de mi sincera e inalterable amistad.

VICTOR MANUEL.»

Crítica literaria.

LOS MISERABLES.

(Primera parte.)

POR M. VICTOR HUGO.

I.

Cuando he visto a M. Víctor Hugo, al principio de su novela, entrarse de rondon en casa de un obispo y darnos toda una serie de capítulos que parecen tomados de la Vida de los Santos, confieso que he tenido miedo. M. Víctor Hugo no quiere mal a los obispos, excusado es decirlo; pero al verle reunir tantas perfecciones en un solo hombre, he dudado si el ilustre escritor dirigía a la virtud un homenaje ó un reto, si quería edificarnos con un hermoso retrato, ó provocarnos con una anti-tesis.

Luego, continuando la lectura del libro, he comprendido mejor el pensamiento del autor. Este libro será el martirologio de los desdichados, de aquellos a quienes la sociedad castiga después de haberlos deprimido, a quienes hunde en la ignorancia por la miseria, a quienes abandona, niños ó adultos, y a quienes inflama para darse un aire de justicia... «Condena social, nos dice M. Hugo, que crea artificialmente en plena civilización infiernos y que complica con una fatalidad humana el destino que es divino...» El infierno de los cristianos es menos horrible: en él no entran mas que culpables. Los *Miserables* de M. Hugo tienen un cómplice que los absuelve como individuos ante la justicia divina, y es la sociedad. A la puerta de su Infierno escribe Dante: *¡Lasciate ogni speranza!* M. Hugo ha puesto por muestra a la entrada del suyo un santo. Entremos con él, bajo la fe de un guía semejante, no sin hacer notar de paso la habilidad del poeta, que queriendo atraernos en

su obra, le da por prólogo, hecho de mano maestra, el tierno cuadro de todas las virtudes cristianas.

No haré violencia alguna a mis sentimientos poniendo de relieve mas adelante, en este nuevo escrito de M. Víctor Hugo, toda la viveza de colorido, la energía y el vigor que en él despliega su espíritu siempre joven. A un talento tan probado se debería mas que justicia, si el legítimo orgullo de un gran renombre pudiera pedirnos otra cosa. Se le debería la respetuosa acogida de una crítica amiga. A las opiniones de M. Hugo, a sus sistemas, a los errores y a los arrebatos de su pensamiento, no le debe la crítica sino la verdad.

M. Víctor Hugo desenvuelve en su nuevo libro una tesis, a la cual parece haber consagrado su vida, una especie de idea fija, cuya huella procuré buscar en otra ocasión a través de sus demás escritos... «En tanto que los tres problemas del siglo, la degradación del hombre por el proletariado, el envilecimiento de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por la oscuridad, no sean resueltos; en tanto que en ciertas regiones sea posible la asfixia social, ó en otros términos y bajo un punto de vista mas amplio todavía, en tanto que haya sobre la tierra ignorancia y miseria, podrán no ser inútiles libros de la naturaleza del presente...» Así habla M. Hugo en la primera página de su novela. Suprimir el mal en la humanidad, extirparlo bajo todas sus formas, ignorancia ó miseria, desigualdad de los entendimientos ó de las fortunas, enfermedad originaria ó degradación adquirida, es pura y simplemente rehacer la obra misma de Dios.

Es la pretensión de las escuelas que no solo piensan en fundar la sociedad humana sobre nuevas bases, sino que aspiran a metamorfosear al hombre mismo transformando sus órganos. No recordemos aquí nuestras luchas de otro tiempo. Saint-Simon, cuyo *sublime ensueño* parece glorificar hoy todavía M. Hugo; Fourier, «de quien se acordará el porvenir,» nos dice él, ni el presente mismo los recuerda ya, ¡y cuántos discípulos suyos los han olvidado para hacer otra cosa! No hablemos mas de ellos que ellos mismos. El socialismo temible no es el socialismo de los soñadores prendados de quimeras, sino el de los hombres de acción, el que combate realidades palpables, desigualdades manifiestas, miserias harto visibles para no excitar la inquietud de los hombres ilustrados, las simpatías de las clases que sufren y la eléctrica emoción de la muchedumbre.

Digo que ese socialismo es temible, pero no lo desprecio ni murmuro de él. Le trato como a un adversario temible y respetable. Nadie me hará rechazar el grito de la caridad, aun cuando parta de un alma cerrada a las creencias del cristianismo. *¡Generis humani charitas!* Los paganos habían inventado el nombre antes que la cosa. Su hipocresía vale mas que su negación. Cristiana y sincera, es un poder que no tiene otro rival ante los hombres que la gloria y la libertad. M. Víctor Hugo lo sabe bien, y por eso ha sacado de él algunas de las mas hermosas paginas y de las mas tiernas escenas de su libro. Porque ¿es él solo acaso el que invoca para los desgraciados la beneficencia pública y privada, el que prescribe la indulgencia al juez, la moderación al poder, el que realza a los humildes, consuela a los afligidos, corrige y santifica a los perversos, tristes víctimas de la ignorancia, de la corrupción y de la miseria?

Aquel a quien llamamos el Salvador de los hombres, ¿había venido solo para redimirlos del pecado, ó también de la persecución, del padecimiento, de la iniquidad jurídica, de la desigualdad social, de la bajeza servil, de la opresión insolente? «Los primeros serán los últimos.» ¡Qué sentencia esta, y cuánto realza, aun antes del juicio supremo, la condición de las mas humildes fortunas por cima de las mas grandes! «¡Que el que esté sin pecado tire la primera piedra!» ¡Qué advertencia para aquellos que aplican la ley a los crímenes de la humanidad! ¡Castigad! ¡No insulteis! *Sinite parvulos ad me venire.* ¡Qué lección para aquellos que explotan la infancia en las cavernas tenebrosas de las minas, bajo el techo mal sano de las fabricas y hasta en las tablas de los teatros!

El rey Luis Felipe decía un día: «No nos malquistemos con los curas, que ellos sacarán la república del Evangelio cuando quieran hacerlo.» Todo el mundo sabe que M. de Lamennais sacó de él el socialismo: M. Víctor Hugo ha sacado de él al obispo Myriel, ese santo hombre que deja abierta su puerta a los mendigos de la calle, que presenta la megilla izquierda al que le ha abofeteado en la derecha, y da sus candelabros de plata al presidiario que le ha robado sus cubiertos. Jesucristo no hubiera hecho mas, porque dijo: «Al que quiera citaros ante la justicia para quitaros vuestra túnica, abandonadle también vuestro manto.» No digais pues que la virtud del obispo Myriel es una virtud imprudente porque no sirve mas que para alentar a un criminal: no, ella le convierte. Es el rescate de esas debilidades aparentes de su caridad, las cuales arrancan al vicio al presidiario Valjean.

Ellas hieren por su exceso hasta a aquella imaginación pervertida. Ellas le comunican un sacudimiento saludable, parecido a esas crisis repentinas que salvan a un enfermo sin esperanzas. Jesucristo, y pido perdón a los que se indignan de la indulgencia de monseñor Myriel, Jesucristo tiene de esas debilidades heroicas para los vicios de la humanidad. No le repugna mas tocar a esos oprobios del corazón humano, que a las hermanas de la Caridad curar las heridas sangrientas. No hay caridad sin compasión. Para salvar es preciso amar. ¡No dar a la beneficencia mas que lo necesario es demasiado poco! ¡Hay tantos que nada le dan! Los que le dan algo están obligados a proceder con lujo. Así

hace monseñor Myriel, un verdadero cristiano, y salva a fuerza de amor el alma implacable de un malvado.

Espero que nadie se quejara de la parte que atribuyo a las inspiraciones religiosas en el libro de Víctor Hugo. Después de haber hecho del arrepentimiento uno de los resortes de su novela, si no hubiese tenido el ilustre autor otro objeto que demostrarnos el poder de aquella virtud, le habríamos dispensado de toda otra demostración. Un día de primera comunión oí predicar delante de unas niñas a un padre jesuita sobre la célebre tesis del rescate del alma por el arrepentimiento sincero, aun cuando fuese en el patíbulo mismo en el momento en que la cuchilla va a caer sobre una cabeza criminal, en ese último segundo en que la cabeza hasta entonces rebelde puede todavía humillarse.

M. Víctor Hugo parece sostener la misma tesis bajo otra forma, cuando nos presenta en Fantina, la muchacha perdida, pensando en su lecho de muerte en la primera comunión de su hijo, y como purificada por esos tardios y religiosos cuidados de la maternidad... «...las largas pestañas rubias, única belleza que la había quedado de su virginidad y de su juventud, palpitaban a la vez que permanecían cerradas y bajas. Toda su persona temblaba con no sé qué agitación de alas prontas a extenderse y a trasportarla, que se sentían mover...» que no se veían...» He oído echar en cara a M. Hugo esta apoteosis de la cortesana. ¡Ah! volved a leer ese capítulo y medita en la amargura de esa muerte. M. Hugo no sale victorioso, y solo Dios gana alguna cosa. Pedir vuestras lágrimas para una de esas criaturas «que han vendido el dulce nombre de amor» y que mueren en el oprobio arrepintiéndose, ¿es insultar a nuestra virtud? ¿Es demasiado para nuestra compasión? ¿Quién no ha llorado la muerte de Manon Lescaut? Manon Lescaut muere en la ardiente arena del desierto sin otro confesor que su amante. ¿Se halla acaso Fantina sobre un lecho de rosas en el hospicio de Montreuil-sur-Mer? Donde quiera que hay una desgracia en una madre, una expiación en un arrepentimiento, puede escapar el ángel de la envoltura marchita con que la cortesana cubria su ignominia. Dios da alas, sin mirar al punto de partida, a las almas que tienden a él su vuelo.

Lo repito, hubiera creído faltar a la justicia, si no hubiese hecho notar en la nueva obra de M. Hugo lo que me ha parecido provenir de una inspiración religiosa. Quizá M. Hugo no ha hecho esta vez mas que pedir a las ideas cristianas un pasaporte sagrado para su libro. No importa: dejemos pasar al sobrino lejano, como él se llama, del obispo de Tolemida. ¿Quereis mejor cerrar a las recipiscencias del gran poeta esa puerta hospitalaria que el obispo Myriel deja abierta para los vagabundos de los caminos?

Y ahora vamos derechos al lado vulnerable de las opiniones y de los sentimientos de M. Víctor Hugo.

II.

No quiero poner frente a frente con la intención de hundir la una con la otra las dos sociedades que parecen disputarse hoy el mundo: la caridad socialista y la caridad cristiana. La caridad cristiana muestra el cielo al desgraciado aliviando su miseria; la caridad socialista enseña a los hombres a buscar su paraíso sobre la tierra. La una hace ligera la carga de la indigencia, mostrándola como una prueba pasajera; la otra la hace odiosa atribuyéndole a un reparto injusto del patrimonio de todos por la mano de algunos. La una funda la asociación de San Vicente de Paul, llamando a la obra seglar de la idea cristiana, como observaba no ha mucho con justicia nuestro amigo Saint-Marc Girardin, a la sociedad toda entera; la otra funda la *Mariana*, la *Sociedad de los derechos del hombre* y las conferencias del Luxemburgo. El cristianismo dice que su reino no es de este mundo, y no por eso se consagra menos a aliviar las miserias humanas. El socialismo aspira a los goces palpables del reino inmediato. Finalmente, esa inmemorial desigualdad de las condiciones humanas, nacida de tantas causas inevitables, no es para la caridad cristiana sino una ocasión de derramar a torrentes el bálsamo de sus consuelos y de sus beneficios. Para la caridad socialista es el pretexto de una guerra a muerte a la sociedad moderna. «Condena social.» Esta frase lo dice todo.

No se vayan a tomar las líneas que preceden por una declamación de quince años de fecha. M. Víctor Hugo no es un espectro, aun cuando nos infunde un poco de miedo. Es un viviente. Su talento le rejuvenece. Habla y se le escucha. Sus libros se imprimen y reimprimen. Los *Miserables* cuentan ya varias ediciones de gran tirada; penetran de los salones en los talleres; pasan de manos delicadas que estrujan por momentos las paginas, a manos callosas que los acarician con amor. Tal es la acción persistente de este poderoso escritor. Las personas delicadas le leen porque tiene un verdadero estilo, los literatos le buscan porque habla a los instintos de las masas un lenguaje brillante y apasionado. ¿Qué importa que no viva ya en la plaza Real? Su ausencia es una aflicción para sus amigos; quizá es un prestigio mas para su libro. ¿Tiene acaso su voz menor eco porque venga de mas lejos? ¿Pierde de su fuerza por mezclarse sus cuentos, como decía Lamartine, «a ese lamento eterno del Océano?»

No; no se me crea ni ansioso de la lucha ni gozoso de encontrar en ella un adversario de la fuerza de M. Hugo. Lo que por el contrario, me parece triste, aun viéndole mas suavizado sobre algunos puntos accesorios, es que se muestre a nosotros tan poco cambiado en el fondo.

Desde Claudio Gueux, el ladrón, á Juan Valjean, el cumplido de presidio, midase la distancia por el tiempo: hace mas de treinta años: nadie diría sino que no ha pasado mas de un día en cuanto al fondo de las cosas. « Claudio Gueux, cabeza bien organizada, corazón bien puesto, sin duda alguna; pero la suerte le coloca en una sociedad tan mal organizada (la sociedad francesa) que acaba por robar: la sociedad le coloca en una cárcel tan mal organizada, que acaba por matar... » Tal era el héroe de 1832. ¿Y Juan Valjean, el descontento de hoy?

« ... Era, nos dice M. Hugo, un ignorante, pero no un imbécil. Ardía en él la luz natural. La desgracia, que tiene también su resplandor, aumentó la poca luz que había en aquel espíritu. Bajo el palo, bajo la cadena, en el calabozo, en la fatiga; bajo el sol ardiente del presidio, sobre el catre de tablas del presidiario, se replegó en su conciencia y reflexionó. Constituyóse en tribunal. Principió por juzgarse á sí mismo. Reconoció que no era un inocente injustamente castigado... Luego se preguntó si era el único que tenía culpa en su fatal historia... si su castigo (cinco años de cadena) complicado con agravaciones sucesivas por conatos de evasión, no acababa por ser una especie de atentado del mas fuerte contra el mas débil, un crimen de la sociedad contra el individuo, un crimen que se repetía todos los días, un crimen que duraba diez y nueve años... Planteadas y resueltas estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó. La condenó á su odio... »

¿Sabeis lo que era el odio de Juan Valjean, si no hubiese encontrado al obispo Myriel? Era el robo perpetuo, el asesinato implacable para ocultar el robo, el bandolerismo para sustraerse á las consecuencias del asesinato; un Dumolard, en una palabra, con premeditación, cálculo é inteligencia; un Dumolard convencido, armado de una tesis anti-social, mas terrible que su propia sangrienta; Dumolard, vengador de los desgraciados, juez y verdugo de esa sociedad, cuyo crimen ha justificado de antemano sus represalias. Hé ahí lo que quiere decir el odio de Juan Valjean. ¿Se cree que exagero? Hay un pasaje en la novela de M. Hugo en el que los crímenes recientemente expiados en el cadalso de Montluel son achacados á la sociedad francesa. « El padecimiento social, dice, principia á todas edades. ¿No hemos visto recientemente el proceso de un tal Dumolard, huérfano convertido en bandido, que desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, hallándose solo en el mundo, trabajaba para vivir y robar?... » Bien claramente se ve: de Claudio Gueux á Juan Valjean, de Juan Valjean al ajusticiado de Montluel, no se interrumpe la cadena. Esta se halla sujeta á esas terribles declamaciones que M. Hugo está desenvolviendo hace treinta años con una perseverancia que sería monótona si pudiera serlo su talento.

Una sociedad mal formada, que hace malas leyes, aplicadas por malos jueces, tal es el mal. ¿Y el remedio? ¿No le comprendéis? Rehacer de nuevo esta sociedad, que con gentes honradas hace presidiarios y mujeres públicas con rosales, que de un pobre huérfano hace un bandido, que une en horrible ayuntamiento la inocencia y la bestialidad sanguinaria, al niño ingenuo y al astuto asesino, la túnica blanca del catecúmeno y la blusa manchada del que compone sillitas: ¡Eliami y Dumolard! ¡Si, trastornar hasta en sus cimientos una sociedad que permite esos horrores, los alienta y vive de ellos! Un día se estaba juzgando en un tribunal de Assises á un hombre joven todavía, que había asesinado á su padre y á su madre. Pronunciado el veredicto del jurado, preguntó el presidente del tribunal al acusado si tenía alguna observación que hacer sobre la aplicación de la pena. « Ninguna, respondió este, sino recomendarle, como huérfano, á la indulgencia de mis jueces. » El huérfano de M. Victor Hugo es de la misma fuerza.

Lejos estamos de decir que la justicia de los hombres es infalible. No lo es mas en parte alguna del mundo entero que lo es en Francia. A veces se equivoca. Tiene contradicciones que sorprenden por momentos á la conciencia pública. Sería preciso no abusar de ellas. Sería preciso que la justicia no tuviese sus azares como la fortuna. Entre el condenado de ayer y el rehabilitado de hoy ha pronunciado el juez: acato el fallo; pero guardaos de dar con demasiada frecuencia al anfiteatro esas especies de emociones que divierten á los escépticos. ¡Judicabimini qui judicatis!

En el proceso de Montluel, no es el exceso de severidad lo que hay que reprender en el juez, es mas bien la lentitud inexplicable de la represión. Bien sé que la lentitud es el defecto de las buenas justicias. « La pena es coja, » dice el poeta; el culpable camina mas aprisa que ella. Es preciso que esto no dure largo tiempo. La justicia es lenta, pero no es inepta. Afirmamos que no hay un jurado en Francia, en ninguna época hace sesenta años que hubiese condenado á presidio á Juan Valjean, honrado hasta entonces, por haber robado en una hora de angustia un pedazo de pan. M. Victor Hugo se ha visto precisado á violentar en este punto la tradición judicial para volverla contra la sociedad. ¿Para qué atribuirle agravios imaginarios?

No insistamos. M. Hugo no ha hecho un tratado socialista. Ha hecho una cosa que por experiencia sabemos ser mucho mas peligrosa. Ha renovado en 1862, bajo un régimen muy diferente, las tentativas que señalaron los primeros pasos del socialismo en plena libertad, bajo el último reinado. Ha puesto la reforma social en la novela; le ha dado la vida que no tenía en los indigestos tratados en que se desenvuelve oscuramente su doctrina, y con la vida el movimiento, el color, la pa-

sión, el prestigio, la publicidad sin límites, la popularidad en alta dosis, la expansión en todos grados y en todas las esferas.

No solo ha puesto el mas vigoroso talento al servicio de sus ideas, sino que para tratar de conciliarse el respeto de los hombres, las ha cubierto con un manto religioso. La religión es buena en todas partes si es sincera. Ya he dicho que no sospecho de la sinceridad de M. Victor Hugo; ya he demostrado lo que el liberalismo mas radical puede extraer de las ideas cristianas. El cristianismo y su moral no se prestan á todo género de alianzas. Un obispo no dice: « Las faltas de las mujeres, de los hijos, de los criados, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes, son culpa de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes y de los sabios: » porque esto es suponer que la porción mas numerosa de la humanidad está subordinada á la mas pequeña; es negar la libertad humana y restablecer la esclavitud por la responsabilidad. Un obispo no enseña el desprecio á la justicia aun cuando esta se equivoque; no dice, aun en el caso de que la sumaria de un proceso revele un abuso de poder en el magistrado: ¿« Dónde se juzgará al procurador del rey?... » El obispo Myriel sabe bien que solo Dios es el que puede juzgar á los magistrados cegados por el celo de la justicia. Añadiré que un obispo no habria dejado decir todo en su presencia, aun cuando sea á un convencionista moribundo. El hermano de Cartuche, injustamente ejecutado en la plaza de Greve, y el hijo de Luis XVI, lentamente atormentado en su calabozo, no son sino dos niños; ¡pase! Poner sus destinos al lado uno de otro en una asimilación indecorosa, es una de esas brutalidades de la pluma que el corazón rechaza cuando la mano las escribe. Un obispo francés no tolera eso. Y luego no dobla la rodilla en tierra para recibir la bendición de un terrorista impenitente. A él es á quien corresponde bendecir y perdonar.

Hé ahí lo que la religión no permite ni el buen sentido tampoco; y hé ahí, por lo mismo, lo que constituye el peligro del libro de M. Hugo. Lo imprevisible excita la curiosidad del vulgo: los parangones inesperados, Cartuche y Luis XVI, el padre Duchesne y el padre Letellier, Louvois y Jourdan Corta-cabezas, Marat y Bossuet, estas paradojas violentas le apasionan; los golpes de teatro le extasian. ¡Un sacerdote de Jesucristo á los pies de un ídolo del terror, ¿qué escena de melodrama equivale á semejante antitesis? ¡Decís que minamos las bases de la sociedad, que derruimos el trono y el altar!... ¡Ahí tenéis un obispo de la Iglesia primitiva á nuestras plantas!

Concluyamos haciendo una reflexión que nos ha dominado casi exclusivamente durante este largo estudio.

Cuando la sociedad francesa se entregó á la dictadura, hace diez años, ¿qué sentimiento entregaba así sin defensa á un régimen sin garantía la Francia de 89 y de 1850? Todo el mundo lo sabe; se sacrificaba á la necesidad de salvar las bases del orden social amenazado, todas las conquistas del orden político. Mejor dicho, se sufría voluntariamente esa suspensión de las libertades públicas, para asegurar lo que nuestro país prefiere á todo en las conquistas de la revolución, su constitución social. Cuando la Francia teme por la constitución civil de la sociedad, fruto de tan continuas luchas, refugio de tantos reveses, fundamento de su poder, de su prosperidad y de su riqueza: cuando la Francia, tan valiente en los campos de batalla y tan tímida ante los reformadores, concibe uno de esos terrores que los partidos extremos se complacen en crear, como si fuese para ellos una fuerza imponer miedo, la Francia acepta todo lo que puede salvarla, ¿qué digo? lo acepta de cualquier mano, viéndose en peligro toma un salvador: á Tallien en Thermidor, al general Bonaparte en Brumario, al duque de Orleans despues de Julio, al príncipe-presidente en el Dos de Diciembre.

Estos son, hablo de los tres últimos, nombres con justicia ilustres. La sociedad no es siempre tan difícil. No siempre tiene la elección de los medios. ¿Quién no recuerda que M. Caussidiere fué por un momento popular entre los ciudadanos parisienses porque tuvo la idea entonces excelente de hacer, como él decía, *orden con desorden*? No nos escandalicemos de esta inclinación que tienen los pueblos á busearse, donde quiera que sea, salvadores cuando se creen en peligro. Ese era el grito de Roma despues de las guerras civiles. « ¡Haced, oh dioses inmortales, decían los romanos por los inspirados labios de Virgilio, haced que este joven levante las ruinas del mundo! »

*Hunc saltem everso juvenem succurrere sacro
Ne prohibete!*

Todos los pueblos, cuando se creen amenazados por la anarquía, repiten á porfía este grito, y siempre hay alguno que responda á él: hoy César, mañana Caussidiere...

No es esto decir que los pueblos tengan siempre razón para entregarse así sin recibir garantías, para entregar su libertad sin condiciones, para sufrir un amo en un salvador. Pero cuánta no es la imprudencia de los que liberales sin duda antes de ser socialistas, se dedican á perpetuar en una nación el terror mismo que la entregó al poder de uno solo. ¿Qué furor el de relocar sin descanso las bases mismas de la sociedad, inquietar la familia, perturbar la propiedad, calumniar la riqueza, desconsiderar la justicia... la justicia sobre todo, esta conquista de diez siglos de lucha contra los abusos que embarazaban su ejercicio, obcecaban su acción, exageraban su poder?

Se comprende el ruido que hacia Voltaire, en un ac-

ceso de legítima indignación y con una persistencia de heroica filantropía, cuando Calas, Sirven, el caballero Montbailly sucumbían bajo la iniquidad brutal de los parlamentos fanáticos. Hasta se comprende que un magistrado haya podido pronunciar en otro tiempo las palabras que ahora han resonado de nuevo y como un simple recuerdo histórico en una sesión pública de la Academia de Lyon, esto es, en el centro fabril mas grande de Francia.

« ¡Escuchad! exclamaba en 1773 el lugarteniente general del senescalato de Lyon, escuchad la voz del pobre... tened con él alguna compasión. ¿Qué ha hecho por mí, dice el pobre, esa sociedad que se venga cruelmente hoy? »

« El horror al vicio es fácil indudablemente para aquellos que en condiciones mas felices no tienen que temer los consejos horribles de la necesidad. Pero yo, á quien la *opinion pública* envilece; yo, á quien el poderoso; yo, á quien el rico *abruma con el peso de su orgullo ó de su fortuna*, ¡ay! á menos que una providencia particular me sostenga, ¿qué me queda que hacer muchas veces, sino elegir entre las acciones criminales á que me arrastra un destino desesperante? »

Tal vez regocijara á M. Victor Hugo esta cita que he tomado de un escrito excelente. En ella verá casi textualmente (con mayor sencillez y verdad) *la condena social y la fatalidad humana complicando un destino que es divino*... Pero considere las fechas. No tenemos que darle otra respuesta. Esas palabras que pronunciaba un magistrado en 1773, nadie las comprende hoy ya.

Si la revolución de 89 se hizo bien, se hizo precisamente contra esos excesos de la justicia, esas venganzas de la sociedad, esas iniquidades de la opinión, esas insolencias de la fortuna. ¿Quién se cree hoy amenazado por las venganzas de la sociedad? El principio de que la ley castiga, pero no se venga, es el *abc* de la jurisprudencia francesa. ¿Quién se siente hoy *abrumado bajo el peso del poder y de la riqueza*? ¿Qué obrero inteligente, honrado y laborioso hay, que sin riqueza, con los útiles del trabajo en la mano, no se crea igual á un duque ante la ley, y soporte la afrenta de un senador? ¡*Vosotros sois todos reyes!* se decía á los obreros en las conferencias del Luxemburgo. Si nuestra nación tiene algun defecto despues de 89, no es la bajeza de los inferiores: mas bien sería el exceso contrario. ¡Noble defecto de todos modos! La bajeza entre nosotros está á veces arriba, jamás abajo.

Pero lo repito, ¿qué puede hacer esta sociedad trastornada en sus cimientos en 89, en la que se hizo tabla rasa, nivelada en todas sus fases, qué puede hacer sino gozar de conquistas compradas á tanta costa? Si le pedis nuevas reformas, y entiendo las reformas que se dirigen á las bases mismas sobre que reposa, se detiene, se interroga, contempla á dónde se la conduce, tiene miedo, y con razón; se repliega hacia la autoridad que la protege, retrocede en vez de avanzar, porque los reformadores socialistas, por mas que hagan, están en el camino de los abismos. La sociedad se detiene, repítámoslo, y estos altos aprovechan á los enemigos de la libertad.

El libro de M. Victor Hugo, ese libro inspirado por un pensamiento honrado, diestramente cubierto con un barniz religioso, lleno de las ardientes sugerencias de la filantropía moderna, hábil en repetir por momentos los acentos mas dulces de la caridad cristiana; ese libro, á despecho de todo, por su tendencia harto manifiesta, no es solo una obra de escritor; es el acto de un hombre, iba á decir el acto de un partido, una verdadera demostración de 1848. Ya es muy tarde. La libertad política necesita otros defensores y amigos menos peligrosos.

CUVILLIER FLEURY.

Las industrias de la cuenca del Loira.

ESTABLECIMIENTO DE SAINT-CHAMOND.

(Continuación. — Véase el número 487.)

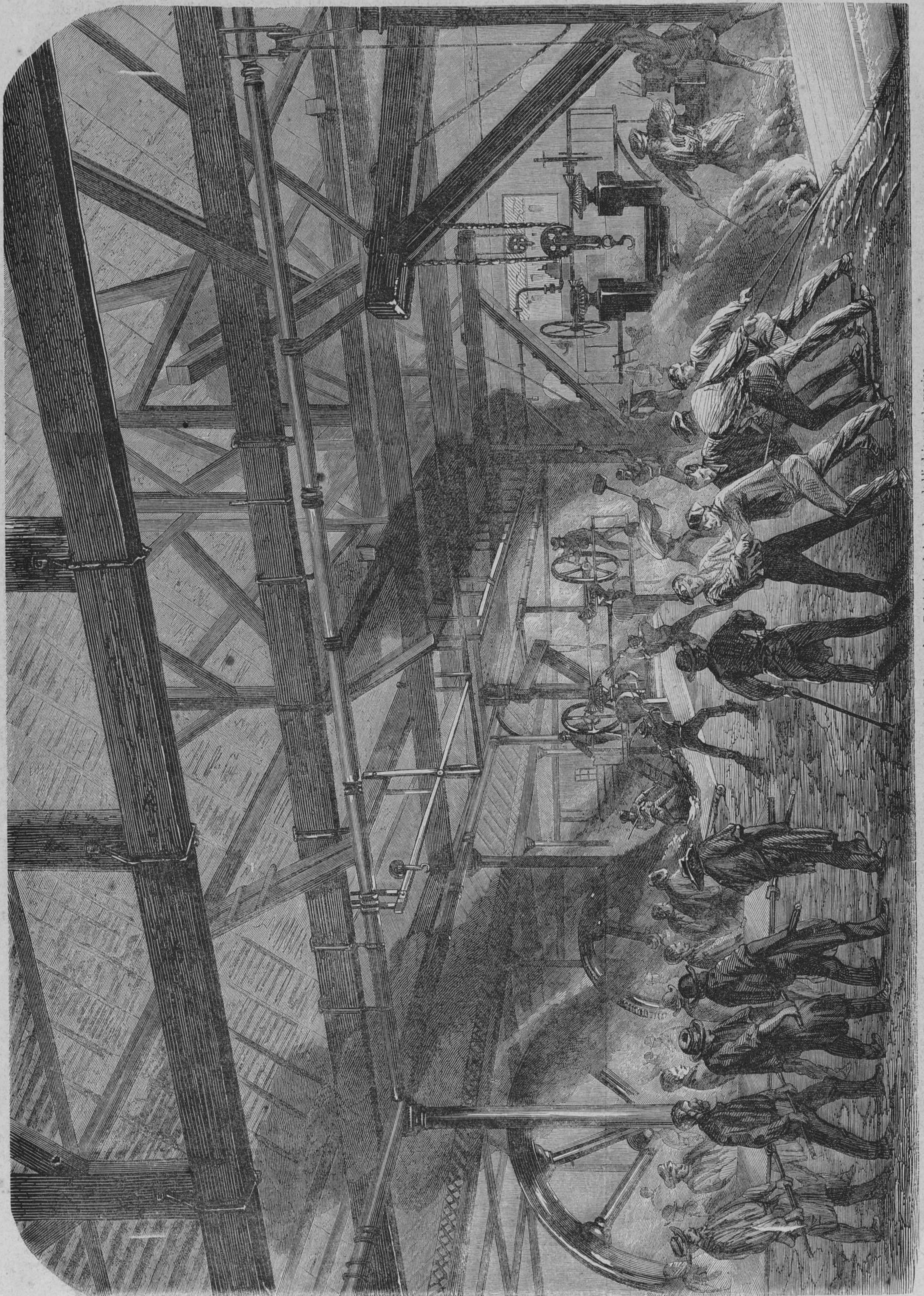
Volvamos á Saint-Chamond. Fundado en 1848, este establecimiento modelo, el mas importante de la cuenca del Loira, ocupa hoy todo un arrabal de la ciudad y cuenta 2,000 obreros. En catorce años, MM. Petin y Gaudet han puesto á la cabeza de la metalurgia sus fraguas de Saint-Chamond, tan notables por su organización y sus aparatos y herramientas.

FABRICACION DE LAS PLACAS DE BLINDAJE PARA LA MARINA.

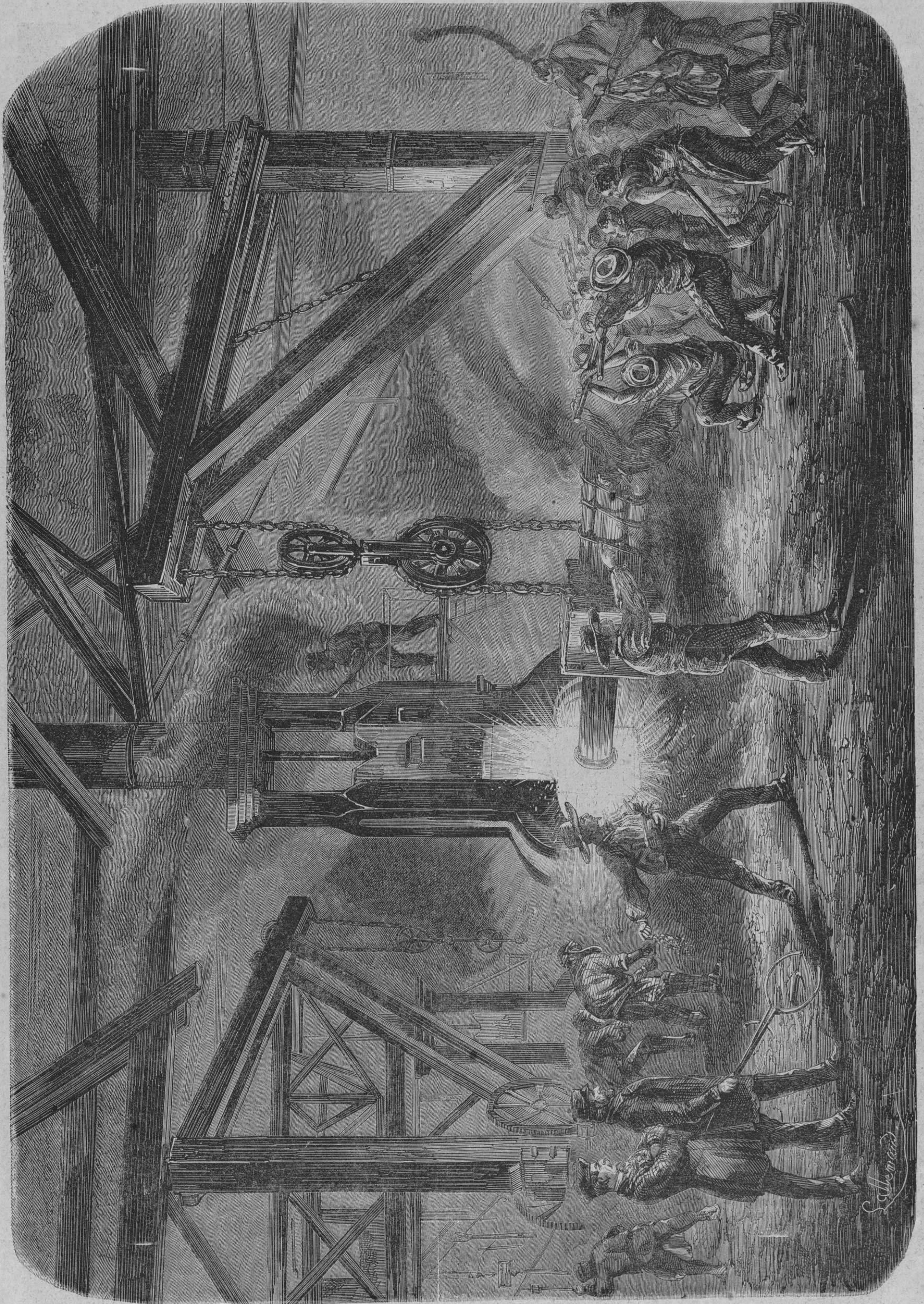
MM. Petin y Gaudet son los únicos que hasta el día han fabricado en Francia las placas de blindaje al laminador. La rapidez de ejecución en sus talleres es tan grande por los procedimientos propios de la casa y la colección de herramientas que posee, que hoy el establecimiento de Saint-Chamond puede suministrar placas lo menos para quince fragatas cada año.

Las de las fragatas la *Gloire*, la *Normandie*, el *Invincible*, el *Magenta*, el *Solferino* y la *Couronne*, y las de las chalupas el *Pei-ho* y el *Saigon*, han salido de sus talleres.

El taller especial donde se hacen las placas al laminador fué fundado en Saint-Chamond en 1856 por MM. Petin y Gaudet; y este taller, que se ve representado en una de nuestras laminas, sorprende tanto por



Establecimiento de MM. Petin y Gaudet en Saint-Clément. — Fabricación de las placas de blindaje para la marina.



Establecimiento de MM. Petin y Gaudet en Rive-de-Gier. — Fragua de las grandes piezas para la marina.

la novedad de sus productos como por la gigantesca concepción de sus aparatos.

En su centro hay una máquina de 500 caballos, cuyo volante tiene mas de 40 metros de diámetro y pesa mas de 50,000 kilogramos. Esta máquina mueve dos trenes de laminadores monstruos, por los cuales pasan las grandes planchas de hierro batido y las placas de blindaje. Estas últimas pesan, por término medio, de 3,000 a 4,000 kilogramos cada una, y son trasladadas del horno al laminador por grifos que cuelgan de garruchas enormes que permiten maniobrar con facilidad esas masas incandescentes. La primera operación consiste en la formación de paquetes de barras de hierro. Se ponen al horno y se someten al juego de los martillos-pilones que los baten, arrojan de ellos las materias extrañas y les dan la primera forma. Después de haber pasado bajo un martillo-pilon, la placa de blindaje pasa al través de un laminador colosal que la vomita ya hecha.

Al salir del laminador, cada placa de blindaje es conducida hacia una enorme sierra que la corta según la dimensión que se desea. En cuanto a la curva determinada que exige su aplicación a la quilla de un buque, se obtiene por medio del martillo-pilon. La última operación es la abertura de agujeros para enclavijar las placas de blindaje con el cuerpo del buque.

Viene después la prueba que precede al empleo de las placas, y que tiene lugar en los arsenales de la marina adonde son enviadas por lotes. En cada lote se toma al acaso una placa cuya prueba debe decidir si se admitirá ó no todo el lote. Para ello se disparan sobre la placa tres cañonazos con bala y carga de ocho kilogramos de pólvora, á una distancia de veinte metros.

Si la placa resiste los tres balazos sin sufrir ninguna especie de avería, el lote es aceptado. Estas pocas palabras darán á conocer qué resistencia tan extraordinaria deben ofrecer los buques blindados franceses á los proyectiles enemigos.

Se han hecho pruebas en las cuales han tirado hasta catorce cañonazos con balas de á 80 sobre las mismas placas, y estas se han desgarrado, pero no se han roto.

Las placas hechas hasta el día en Inglaterra se rompen generalmente al quinto balazo, y en Prusia se han hecho pruebas en las cuales se han atravesado placas inglesas á 300 metros.

ESTABLECIMIENTO DE RIVE-DE-GIER.

FRAGUA DE GRANDES PIEZAS PARA LA MARINA.

El establecimiento de Saint-Chamond representa lo mas perfecto que se conoce en organización y aparatos. La casa de Rive-de-Gier es la madre de los establecimientos tan prósperos como numerosos que en el activo social de la compañía Petin y Gaudet (balance del 20 de junio de 1861) figuran por un valor de 16.800.000 fr. en inmuebles y material.

M. Petin y M. Gaudet fundaron en Rive-de-Gier en 1839, con un capital de quinientos francos, un establecimiento por el cual, veinte y tres años después, el 30 de junio de 1861, han acusado una cifra de treinta y siete millones seiscientos ochenta mil francos, en el balance de la sociedad.

Antes de entrar en la fábrica de Rive-de-Gier y de ocuparnos de las obras que se ejecutan allí, daremos primeramente la lista de las máquinas-aparatos que centuplican la fuerza de los obreros, y les permiten hacer verdaderas obras maestras de construcción.

Existen pues 12 martillos-pilones de 8 á 12,000 kilogramos; 14 hornos para las gruesas piezas, con 14 garruchas; 60 fuegos de fraguas para las piezas pequeñas y 2 máquinas de vapor. El martillo-pilon de 12,000 kilogramos está movido por 60 caballos de fuerza. Los otros tienen generadores en proporción á su peso. El servicio de estos aparatos se hace por 310 obreros de una actividad y destreza extraordinarias.

Tales son los medios de producción de que dispone el establecimiento de Rive-de-Gier.

Ahora bien, ¿qué clase de piezas se fabrican?

Hemos visto un martillo-pilon de 8,000 kilogramos, una enorme pieza en V para blindar la punta de la proa de una fragata. Esta pieza pesa 6,000 kilogramos y tiene un grueso de 12 centímetros. Es de hierro, y resiste á las pruebas de tres balazos de cañon tirados á 20 metros de distancia. Entre las obras destinadas á la marina, es sin duda, con el espolon, la mas difícil de construir.

Bajo el martillo-pilon de 12,000 kilogramos, cuya caída es de 3^m50, forjaban un enorme árbol acodado para un navío de línea, pieza que pesaba 22,000 kilogramos. Para maniobrarla se necesitaban cincuenta obreros que hacían el servicio de tenazas. La garrucha que sostenía el árbol estaba movida por el vapor. Esta masa incandescente pasaba con la mayor facilidad del horno bajo el martillo-pilon y viceversa. El maestro herrero presidía la operación dando las órdenes convenientes, y los cincuenta obreros que dirigían las tenazas trabajaban como un solo hombre. A una señal ponían el árbol bajo el pilon, y á otra le sacaban. Un joven operario conducía el pilon, y era maravilloso ver la destreza con que maniobraba esta masa de 12,000 kilogramos que le obedecía sencillamente. Tal es el genio del hombre en los tiempos modernos, que cuando recurre al vapor, á la mecánica y á las fuerzas combiadas de la naturaleza, la materia inerte no puede resistirle. El establecimiento de Rive-de-Gier es una prueba manifiesta.

En otros talleres fabricaban al mismo tiempo piezas de un volumen menor. Bajo un martillo-pilon de 6,000 kilogramos principiaban un eje acodado para un ferrocarril. Compuesto de pequeñas barras de hierro soldadas juntas en el horno, este eje era al principio todo derecho, como se ve en nuestro dibujo; pero en breve tomó las formas sinuosas bajo la presión de los punzones. Las fibras del hierro seguían los contornos que daban al eje, de tal manera que á pesar de los codos, la barra de hierro conservaba la misma resistencia que si hubiese permanecido derecha.

En otros talleres fabricaban con martillos mas pequeños, y de acero fundido, puntos de corazón para cambios de vía, rails para placas giratorias, cañas de émbolos, ejes para wagones, goznes de máquinas, manecillas y crisoles sin soldadura para fundir oro y plata.

Consagrado á la fabricación de las gruesas piezas que necesitan la marina y los caminos de hierro, el establecimiento de Rive-de-Gier absorbe cantidades considerables de materias primeras. El año último consumió 4.500.000 kilogramos de hierro y de acero, y 12.600.000 kilogramos de carbon. Los hierros y los aceros provienen de las fraguas de Saint-Chamond y la hulla de las usinas contiguas: los 100 kilogramos de carbon cuestan 1 fr. 25 cent. puestos en el establecimiento. Cada año salen de los talleres 3.500.000 kilogramos de productos concluidos. C. L.

(Se continuará.)

Dos hermanos rivales.

(Continuacion.)

V.

Juana no respondió.

— ¿No respondeis, Juana? ¿acaso os ofende mi amor? ¿por qué? ¿no le conservo puro en mi corazón?

Juana se desasí de sus brazos y corrió á refugiarse á la puerta, donde su instinto, mas bien que sus órganos, la hacía comprender que estaba escondida Teresa.

— Carlos, le dijo con toda la calma que pudo aparentar; ¿cómo pensais casaros conmigo, pobre huérfana, sin mas riquezas que las bondades de vuestro padre, mientras que noble, rico, joven y hermoso, vos podeis aspirar á una de las primeras alianzas del reino. ¡Oh! creedme, Carlos. Seguid otra senda que aquella á donde os arrastra vuestro amor. ¿No os decia esta mañana vuestro hermano que conocia á una joven casadera que tiene cincuenta mil francos de renta? Si su conducta es intachable, esa es la mujer que os conviene; con ella y su fortuna todas las puertas estarán abiertas para vos. Sois ambicioso, lo sé; pues bien, tened la seguridad de que por medio de semejante casamiento llegareis á todo.

— Mucho es necesario que ameais á Jorge para hablarle de esa manera, y sin embargo, no os engañeis, Juana; mi hermano es causa de mi desgracia; no os haré feliz si llegais á ser su mujer. ¿No veis que bajo su aparente indolencia oculta la idea de un déspota, que es terco, caviloso y sombrío como una balada alemana. ¡Pero vos le amais!

— Carlos, dadme vuestra mano, hermano mio; voy á abrir os mi corazón, como me habeis abierto el vuestro.

Carlos volvió la cabeza para enjugar las lágrimas que corrían por sus mejillas, pero tendió á Juana la mano que le pedía.

— Escuchadme, hermano mio, y vais á leer en mi corazón. Amo á Jorge desde que he podido sentir lo que era amor; le amo mas que los ángeles deben amar á Dios; le amo, en fin, tanto como me habeis dicho que me amais; él es mi sueño de niña, mi ambición de mujer, mi vida, mi felicidad sobre la tierra, de donde desaparecería muy pronto si él no estuviese conmigo.

— ¡Juana, Juana, cuánto me habeis sufrir!

— Lo que acabo de deciros debe por el contrario consolaros, Carlos, porque bien veis que ante un amor semejante nada hay que esperar.

— Ante semejante amor hay un remedio, y voy á emplearle.

Y soltando la mano de Juana, sacó del frac una pistola que armó.

— Os he dicho que habia un remedio, y aquí le tenéis; y mostraba la pistola armada que tenia en la mano.

Juana dió un grito. Pero Teresa que todo lo habia oido, abrió rápidamente la puerta, y fué bastante afortunada para separar el arma cuyo cañon estaba apoyado en la frente de Carlos. Salió el tiro que habia variado de dirección, y fué á dar en un santo Cristo de marfil que estaba colgado encima de una consola.

Los criados acudieron al ruido de la detonación.

Teresa era la única de los tres actores de aquella escena que conservaba su sangre fria.

Carlos, apoyado en un sillón, lloraba como lo hubiera hecho un niño á quien hubiesen pegado.

Juana habia caído al suelo desmayada.

— No es nada, dijo Teresa á los criados. Una imprudencia del señor Carlos; habia dejado encima de la chimenea una pistola cargada, y la señorita Juana ha soltado el tiro sin saber lo que hacia.

— ¡Ah! ¿Con que la señorita no sabia lo que era una pistola?

— No, Antonio; pero corred, y traedme pronto un frasco que hay en el florero azul encima de la chimenea del comedor.

— Voy corriendo, señorita.

Los demás criados ayudaron á Teresa á colocar á Juana en un sillón.

Antonio trajo el frasco, cuyo olor hizo Teresa que aspirase Juana.

Cuando vió que su joven amiga abría los ojos, despidió á los criados, temerosa de que en el momento que sus sentidos comenzasen á recobrar su vigor, se le escapasen algunas palabras que pudieran comprometerla.

Sin embargo, nada de esto sucedió; al recobrar la voz, Juana no pronunció mas que estas palabras:

— ¿Y Carlos, vive?

— Si, respondió Teresa, aproximándose á él, y cogiéndole de la mano para llevarle cerca de Juana.

— Perdonadme, Juana, he sido muy culpable; pero habeis llenado mi corazón de una amargura tal, que la muerte es lo que únicamente me parecia capaz de mitigarla.

— Habeis demostrado muy poco valor, Carlos, respondió Teresa: vuestro suicidio hubiese sumido á vuestro padre en el mayor desconsuelo.

— Teneis razon, Teresa; pero tú eres la única que puede decirlo: tú, pobre mártir de una pasión desgraciada. No todas las almas tienen la misma fuerza, la misma energía todos los corazones; tú has sabido sufrir como nadie hubiera sufrido en la tierra: has sabido ocultar en el fondo de tu corazón un amor tan puro, tan ardiente como el de Eloisa y Abelardo, sin confesarle, sin dejar escapar una queja.

— Carlos, ni una palabra mas, os lo suplico, exclamó aterrada Teresa.

— Os he perdonado, Carlos, dijo Juana después de un momento; pero en cambio, voy á exigir os que me hagais una promesa, segura de que la cumplireis.

— Os lo juro, Juana, siempre que no sea superior á las fuerzas de un hombre.

— Que oculteis á vuestro hermano cuanto acaba de pasar.

— ¡Con que le amais siempre! dijo Carlos, que empezaba á recobrar la razon que le habia abandonado con su tentativa de suicidio.

— Como os decia que le amaba hace un cuarto de hora, Carlos.

— Sois excesivamente cruel, Juana; pero os lo he ofrecido y lo cumpliré.

— Gracias por Juana; gracias, Carlos, dijo Teresa. Jorge sufriria mucho si supiese hasta dónde puede arastraros vuestra pasión por la mujer que él adora. Sois el primogénito; sereis el mas rico, y podeis hacer un casamiento que satisfaga vuestra noble ambición. Creedme, Carlos, y algun día me agradeceréis los consejos que os doy en este momento.

— Lo deseo, Teresa, respondió Carlos mirando á Juana de una manera que parecia querer decir: «Si Jorge llega á poseeros, desgraciado de él.»

Un estremecimiento y un frio glacial se apoderó del cuerpo de Juana: habia comprendido la significación de la mirada de Carlos.

Este pidió permiso para retirarse, y las dos amigas quedaron solas en el salon.

Así que salió Carlos, Teresa recogió los pedazos del destrozado crucifijo, así como la bala que le hiriera, y todo quedó tranquilo y en orden.

El señor de Aignerville y Jorge volvieron de su paseo, sin sospechar lo que durante su ausencia habia ocurrido en la casa.

VI.

Carlos, á quien dejamos reflexionando, apoyado el codo en la ventana de su cuarto, no habia cambiado de posición á la hora en que volvemos á encontrarle: parecia como clavado en aquel sitio, en el que creemos hubiera permanecido mucho tiempo aun, si la campana de la repostería no hubiese hecho sonar su lengua de metal, llamando á todos á comer.

— Es necesario convenir, dijo saliendo de su entorpecimiento, que soy un solemne necio. ¡Cómo! ¡he querido hacerme querer (y aun he estado á punto de destrozarme el cráneo por la fatal entrada de Teresa) por una chiquilla que mi padre ha recogido y educado por caridad! Esto es demasiado; ¡y cuando pienso que mi padre es bastante loco para tener la idea de dársela á Jorge por mujer!... Es completamente ridículo. ¿Qué apellido darán á esa niña que se llama nada mas que Juana?

Este monólogo, ultrajante para Juana, no era otra cosa sino una revancha que su orgullo herido trataba de tomar de aquella que preferia á su hermano, á quien por todos conceptos se creia tan superior. Sin duda le hubiese continuado, á no venir un criado á decirle que su padre le esperaba en la mesa.

Á su entrada en el comedor, su padre le hizo observar lo mucho que les habia hecho esperar.

Esto era lo que Carlos deseaba, como vamos á ver.

— Dispensadme, padre mio, respondió, estaba leyendo una escena tan extraordinaria de una novela nueva, que á pesar de mi poca afición á ese género de literatura, me interesaba hasta el punto de hacerme olvidar que me estábais esperando.

— Cuéntanos esa escena, Carlos, dijo Jorge, que era apasionado por todo lo extraordinario y maravilloso.

— Con mucho gusto. En un magnífico castillo situado á orillas del Loira, habitaba un anciano llamado el conde de Roca Negra; este hombre, de carácter sombrío y fastidioso, vivia en compañía de dos sobrinos jóvenes, que su hermana, mujer de un emigrado arruinado, le habia confiado al morir. Parecia que Dios ha-

bia dotado el corazón de aquel hombre de un inmenso amor al género humano, porque no contento de la carga de sus dos sobrinos, recogió en su casa la hija de una doncella que había permanecido en ella después de la muerte de su mujer. Los niños se educaron juntos, y de esta vida en común sobrevino una cosa inevitable; los dos sobrinos se enamoraron de la joven, que a medida que había ido creciendo, se había hecho una encantadora mujer.

Estas últimas palabras fueron dichas con toda intención, porque Carlos dirigió una mirada de admiración a Juana, y prosiguió:

— El mayor de los dos primos se vió obligado á alejarse durante algunos años para ir á recoger la herencia de un pariente que acababa de morir. Este tiempo perdido forzosamente para él, permitió á Ernesto (este era el nombre del mas joven) hacer el amor mas libre y mas asiduamente á Maria, que concluyó por amarle con toda su alma. Cuando el mayor de los dos primos regresó de su viaje, habló á la joven de su amor; pero ella le contestó que su corazón no la pertenecía.

— ¿Era amado el mayor antes de marchar? preguntó Jorge.

— No habla de ello la novela.

— Entonces Ernesto estaba en su derecho, sobre todo si su amor era puro.

— Es verdad; pero esto no curaba al mayor de su amor á Maria, y no era hombre que abandonase fácilmente la partida. Interrogó á su tío, y oyó de su misma boca que estaba enterado de las relaciones de los jóvenes, y decidido á casarlos en el mes siguiente.

— Era muy justo, respondió el conde de Aignerville, porque aquellos niños no le habían ocultado que se amaban.

— Sí, padre mio; muy justo bajo el punto de vista liberal; pero ese casamiento con una hija bastarda, deshonraba también al mayor, y le impedía proseguir la carrera diplomática que había emprendido.

Juana necesitó hacer un gran esfuerzo para contenerse; quería hacer ver á todos cuán poco generoso era con ella Carlos; pero una mirada de Teresa la contuvo.

— ¿Termina ahí vuestra historia, Carlos? preguntó Teresa.

— Eso es todo lo que he leído, respondió Carlos; pero voy á ir á leer el resto.

— Voy á evitaros ese trabajo, yo conozco la historia entera.

— Sí, sí, concluídla, Teresa, Carlos nos ha dejado en lo mejor, de una manera original.

— El mayor de los dos primos, prosiguió Teresa, fué á hablar con la doncella que sospechaba ser madre de la niña, que no lo era, y la suplicó le dijese si el amor de Maria y Ernesto era inalterable. Hizo aquella pregunta tan afligido, que la doncella únicamente le respondió que así lo creía, pero que tal vez podría engañarse. El primo quedó satisfecho con esta respuesta, y cuando la joven volvió al salón donde tenía lugar esta entrevista, la doncella salió dejándolos solos. Pero conociendo la violencia de carácter del primo, creyó lo mas prudente ocultarse en un gabinete secreto, desde el que todo podía verlo y oírlo. Hizolo así, y escuchó una declaración de amor; pero Maria le respondió que amaba á su hermano hasta el punto de morir si la faltaba aquel amor. Ya veis, añadió Maria, que ante un amor semejante no hay remedio. Hay uno, respondió el joven sacando una pistola del bolsillo. Maria dió un grito de terror, y la doncella, que todo lo había oído, empujó violentamente la puerta que la separaba de ellos. La pistola que estaba apoyada en la frente del joven fué separada, pero salió el tiro...

— ¿Y el desgraciado cayó muerto? preguntó Jorge, que no sospechaba de quien hablaba Teresa.

— No; la bala fué á dar en un crucifijo de marfil que había colgado en el salón.

Apenas había Teresa acabado de pronunciar estas palabras, cuando el conde se levantó y fué precipitadamente al salón.

Juana tenía miedo; así es que suplicó á Teresa la acompañase á su habitación.

Cuando el señor de Aignerville volvió á entrar, estaban solos Carlos y Jorge.

— Jorge, hazme favor de ir á decir al cochero que enganche; voy á salir contigo.

Jorge obedeció.

— ¿Sabes, Carlos, que tu conducta es la de un infame? ¡Cómo! después de haberte instruido del amor de Jorge á Juana ¿tratas de seducirla? ¿Piensas que yo creo en tu intención de matarle como han creído esas dos inocentes mujeres? ¿No te parece horroroso ese insulto gratuito hecho á la buena Teresa que tanto te ha amado? Carlos, lo que has hecho no te ha sido enseñado por tu padre; ¡es una felonía! Si no creyese en tu arrepentimiento, te echaría á la calle, te desheredaría.

Afortunadamente entró Jorge en aquel momento á avisar que el coche estaba dispuesto.

— Ven conmigo, Jorge.

— ¿Y Carlos, no viene con nosotros? preguntó Jorge preparándose para salir.

— No; Carlos se queda á reflexionar en lo que acabo de decirle.

Salieron juntos del comedor, y como por la mañana, Carlos subió á su habitación.

VII.

Juana y Teresa, que como ya hemos dicho, se habían

retirado á su cuarto, lloraban juntas, la una por el mal corazón de Carlos, la otra por el amor de Jorge que creía perdido.

— Teresa, ¿qué es lo que te dije á la vuelta del baile? ¿No he pensado antes de hoy lo que sucediera, que Jorge retrocediera el día que pensásemos en casarnos.

— ¿Qué ocurre para hacerte creer semejante cosa? respondió Teresa.

— ¿No has oído á Carlos?

— Carlos no es Jorge.

— Es verdad; ¿pero crees tú que no ha comprendido á su hermano?

— Si después de nuestra ausencia nada se ha dicho delante de él, te respondo de que no. Su alma es demasiado cándida para sospechar siquiera el pensamiento de su hermano; y aun cuando le hubiese adivinado, en nada cambiaría su amor por tí.

— ¡Dios lo quiera! respondió Juana.

— Juana, dijo Teresa viendo por la ventana á Carlos que se paseaba por el jardín; tranquilízate un poco de la emoción que te agita: yo voy á bajar al jardín á hablar á Carlos, y á procurar tranquilizar su imaginación exaltada; porque mira, Juana, es imposible creer que su corazón haya tomado parte en lo que ha dicho hoy en la comida; sus palabras eran ocasionadas por el dolor que una súbita revelación convierte en maldad; pero tú ya lo sabes; durante su vida nunca ha dado una prueba de cobardía. Al decir esto, Teresa únicamente procuraba tranquilizar á Juana, porque en el fondo de su corazón conocía mejor á Carlos, que no le juzgaba de viva voz.

— Ve, ve, y sobre todo, dile que le perdono.

Teresa bajó al jardín y fué al encuentro de Carlos.

Carlos mientras paseaba, recordaba como un sueño lo que le había pasado, lo que su padre le había dicho; se reconocía muy culpable, pero amaba demasiado á Juana para que su amor hubiese muerto por la especie de maldición que su padre le lanzara. ¡Oh! Dios mio, decía: si Juana tuviese un corazón menos amante, si conociese sobre todo, lo íntimo de mis pensamientos, creo que tendría valor bastante para no casarse con ninguno de los dos. Esa tentativa de suicidio que esta mañana pudo serme funesta, sería capaz de llevarla á cabo si Jorge la poseyese.

Al ver á Teresa, no dudó que viniese á él, puesto que sufría. ¿No era el ángel de consuelo de aquella casa? Se apresuró á aproximarse á ella.

Teresa se conmovió dolorosamente al ver el cambio que se había operado en él. Estaba pálido; sus cabellos, ordinariamente tan cuidados, estaban en desorden; sus ojos enrojecidos ó hinchados estaban rodeados de un círculo azulado.

Era fácil conocer cuánto había sufrido.

Teresa le cogió la mano, se la estrechó afectuosamente, y le dijo:

— ¡Pobre Carlos, sois muy desgraciado!

— Gracias, Teresa, no esperaba menos de vuestro buen corazón: no venis á mí con el sarcasmo en la boca, sino que me traéis palabras de consoladora piedad. Gracias.

— Mi amigo, mi pobre amigo, exclamó Teresa dejando caer algunas lágrimas en su mano.

Teresa había sufrido mucho para dejar de comprender todo el dolor de aquella alma que venía á ella. Carlos lloraba, y nada hay tan desgarrador para una mujer como el aspecto de un hombre que llora.

Teresa se sentía destrozada por sus recuerdos rejuvenecidos ante aquel reciente sufrimiento; y sin embargo, ella era la que tenía que dar valor á aquel hombre tan fuerte en la apariencia; ¡ella, pobre mártir del mismo dolor!

Esto no obstante, era menos desgraciada que lo había sido anteriormente, porque al fin encontraba un corazón en el que desahogar el suyo.

— Sed bueno y generoso, Carlos, le dijo: si vos hubiésteis sido amado, ese mismo consejo hubiera dado á Jorge, que le seguiría como vos le seguiréis, ¿no es verdad?

— ¡Oh, Teresa! me pedis demasiado; ¿creéis que él me la hubiese cedido, él?

— ¡Olvidais que Jorge es amado, Carlos!

Teresa comprendió que era necesario hacerle todas las heridas de un golpe.

— ¿Olvidais que vuestra voluntad no significa nada? Aun cuando ella quisiese sacrificarse, aun cuando vos aceptáseis ese sacrificio y Jorge le consintiera, ¿queríais poseer á una mujer cuyo corazón no os perteneciera?

— ¡Oh! Calla, Teresa, calla; ya he tenido esos pensamientos, y ellos son los que me han aniquilado. ¿Crees tú que no he sufrido?

— Olvidad el pasado, amigo mio, y creed que comparto con vos vuestros disgustos; pero no se los confíeis á nadie mas que á mí; es decir, no turbeis la ventura de vuestro hermano, que os quiere, y de Juana que os ha demostrado toda la amistad de una buena hermana. Jorge sería muy desgraciado si conociese vuestros tormentos.

— Siempre Jorge, exclamó Carlos haciendo un gesto de cólera.

— ¿De quién queréis que os hable, Carlos, si él es el único obstáculo que se opone á vuestra dicha? ¡Obstáculo involuntario, creedlo! Mirad, Carlos, si yo me hallase en vuestro lugar, trataría de ausentarme; pediría una licencia que no me rehusarian, y lejos de aquí haría todo lo posible por olvidar á Juana. Si queréis, yo hablaré á vuestro padre, y estoy segura de que sentirá.

Carlos vió por estas últimas palabras que Teresa ignoraba la escena que había tenido lugar entre el conde y él. Aprovechóse de ello para asirse á una rama que creía rota un momento antes.

— ¡Mi padre, Teresa, no me comprenderá, como no os ha comprendido!...

— ¡Oh, callaos! dijo Teresa tapándole la boca con la mano y sonrojándose: no habéis mal de vuestro padre; tiene un alma hermosa, un noble corazón; pero su destino ha sido tan amargo como el vuestro.

— ¡Ha sido amado! ¡amado dos veces! ¡Ah! yo daría mi vida por uno de esos amores. ¡Ah! dime, pobre Teresa, dime, ¿de dónde has sacado el valor?

— ¡Carlos! respondió ocultando la cabeza entre las manos, ¿cómo podéis creer?... ¿Cómo sois tan cruel que os atreveis á decirme que me habeis adivinado? No, no; prosiguió después de una pausa; os engañais. ¡Yo, yo, gran Dios! Yo no soy mas que una vieja con el corazón árido, seco... Mirad, niño, ¿habeis creído que yo lloraba?...

Carlos quedó aterrado cuando levantando Teresa la cabeza vió sus ojos secos y brillantes con el fuego de la fiebre, mientras que en su pálida frente se dibujaban algunas venas azuladas, y sus labios estaban blancos como el marfil.

Carlos tembló por ella, porque la quería.

— Perdon, mi querida Teresa, perdon; no me regañes. Había creído ¡insensato de mí! había creído ver un ser animado, donde no existía mas que un fantasma.

— Gracias, gracias, Carlos; pero os suplico olvideis ese pensamiento que creía ignorado de todos y que guardaba en lo mas profundo de mi corazón, como la tumba guarda un objeto amado. ¿Y porqué, añadió con dignidad, porqué no te lo he de confesar á ti, desgraciado como yo? Pues bien; ten valor; muéstrate mas fuerte que tu destino; sé mas grande que la suerte, noble niño. No te dejes abatir mas que una débil mujer, y encontrarás en tu conciencia el único consuelo que puedes tener, la satisfacción de haber obrado bien.

El carruaje del conde entraba en aquel momento en el patio.

Apenas se apeó Jorge subió á la habitación de Juana; pero esta, que había visto abrir la puerta cochera y entrar el carruaje, había corrido á reunirse con Teresa, y bajaba llamándola.

Su corazón bajo el imperio del miedo, temía la presencia de Jorge.

Carlos al oír la voz de Juana llamando á Teresa, y la de Jorge que bajaba rápidamente las escaleras, no tuvo valor para permanecer allí, y se escapó diciendo:

— ¿Oyes sus voces, mi buena Teresa? Sufro demasiado; estoy malo y no puedo verlos. Diles que he salido, que me he acostado; en fin, diles lo que quieras, porque en este momento me sería imposible soportar su presencia. Adios.

Y salió precipitadamente por la puerta que conducía á su habitación.

Cuando Jorge y Juana entraron en el jardín, Teresa estaba aun conmovida por su conversacion con Carlos, y sobre todo por la brusca manera con que se había marchado.

Jorge no la observó; pero Juana conoció en las facciones de su amiga que había mediado entre ella y Carlos una explicacion formal.

— Si supiésteis, Juana, dijo Jorge, cuán bueno acaba de mostrarse mi padre, y cuanto placer me ha causado la acción que acaba de ejecutar, estaríais tan contenta como yo.

— Ignoro lo que queréis decir; pero vuestro padre es tan bueno, que nada me admira. Sin embargo, decidmelo; soy una hija de Eva, lo que equivale á decir curiosa.

— Escuchad; al salir de aquí, en lugar de ir á dar, segun nuestra costumbre, un paseo por el bosque de Boulogne, mandó mi padre al cochero que nos condujera á la calle Jeuneurs, n.º 17. En menos de un cuarto de hora llegamos delante de una pobre casa, á cuyo sexto piso me dijo mi padre que le acompañase. No podré describiros el aspecto de aquella escalera, á lo largo de la cual pendía un cordel viejo y grisiento; era repugnante. Llegamos por fin al último escalon; mi padre llamó á una puertecita amarilla que se abrió en seguida. ¡Oh Juana! ¡Oh Teresa! si hubiésteis visto la miseria que reinaba en aquella pobre habitación, donde una mujer y cuatro niños apenas podían moverse, os estremeceíais aun como á mí me sucede. Así, me guardaré de haceros su descripción, porque os afligiría demasiado.

— ¿Pero qué es lo que hizo el señor conde?

— Poner tres lises en la mano de aquella mujer, á quien llamó Francisca, y decirle: toma para pagar los tres plazos que debes por el alquiler de esta casa.

— Reconozco al conde en esa acción, dijo por lo bajo Teresa.

— Y estos otros tres, continuó Jorge sin hacer caso de la observacion de Teresa, para que te compres y compres á tus hijos algunos efectos; mañana vendrá á buscaros mi criado, y os conducirá á todos cinco á la diligencia.

— ¿Para ir á dónde? preguntó Juana.

— Al palacio de Aignerville, á ocupar una plaza de portera que ha dejado vacante para ir á casarse en segundas nupcias, la viuda de un guardabosque.

— Muy bien hecho, Jorge. Aprovechaos de estos ejemplos, dijo Teresa estrechando su mano. Pero ¿y como ha conocido el señor conde á esa señora Francisca?

— Le había escrito esta mañana; aquí tenéis su carta.

(Se continuará.)

Don Bartolomé Mitre.

ESPADA REGALADA
AL VENCEDOR DE PAVON.

El general don Bartolomé Mitre, actual gobernador de Buenos Aires, a quien han colocado al frente de los acontecimientos su reciente victoria de Pavon, la gratitud pública y las delegaciones excepcionales de poderes que le han sido conferidas por las diversas provincias Argentinas, nació el 26 de junio de 1821 en Buenos Aires, donde principió sus estudios que terminó en Montevideo.

Victor Hugo ha escrito: «Yo habría sido soldado si no hubiese sido poeta.» Don Bartolomé Mitre es uno y otro, y sería difícil precisar quién es superior en él, si el capitán ó el escritor. A quince años habia publicado ya los *Ecos de mi lira*: á veinte y tres era teniente coronel, y á treinta coronel. El general Mitre mandaba en jefe la artillería en el memorable sitio de Montevideo. Acudiendo á la pluma así que dejaba descansar su espada, fundó en esa ciudad durante los intervalos de reposo que le dejaron las guerras civiles del país el *Instituto histórico y geográfico*, dirigió la *Nueva Era*, y colaboró activamente en el *Nacional*, el *Iniciador* y el *Corsario*.

Llamado á Bolivia por el gobierno de aquella república para establecer allí un colegio militar, redactó la *Epoca*, y como jefe de estado mayor en la campaña del Sur, hizo al general Ballivian eminentes servicios que el presidente proclamó diciendo que don Bartolomé Mitre se habia elevado con sus cañones á unas alturas que hasta entonces solo las águilas habian visitado.

Después de los infaustos sucesos que decidieron la caída del general Ballivian, don Bartolomé Mitre fué á Chile, donde volvió á desempeñar con brillo su papel de periodista, enriqueciendo con notables pro-



Don Bartolomé Mitre.

ne en ella una gloriosa cicatriz debida á un balazo recibido durante el sitio de Buenos Aires.

Su negra cabellera es abundante; su aire marcial y pensativo. Se reconoce al poeta en el hombre y al filósofo bajo el soldado. Jamás puede aplicarse mejor este dicho del padre Lacordaire: «El alma trata las facciones.»

B. G. DE K.

— Damos tambien en esta página el dibujo de una espada regalada al general Mitre, vencedor de Pavon, que es un precioso objeto de arte: su composición es ingeniosa y recuerda muy bien los diferentes méritos de don Bartolomé Mitre, que es, como lo hemos dicho ya, general distinguido, escritor y poeta de talento.

La guarnición representa la divinidad de la guerra descansando y presidiendo en cierto modo al renacimiento de las artes. Tres cariatidas componen la empuñadura: la Poesía ocupa la cara principal, y la Pintura y la Escultura completan el grupo. En la punta están grabadas las armas de Buenos Aires rodeadas de laureles.

Esta espada es de plata maciza oxidada; ningun otro metal se presta mejor á la confección de un objeto de arte. En suma, es tan notable por su composición como por sus esculturas y lo acabado del trabajo.

La hoja de damasco ataujiada, género alhambra, tiene la inscripción siguiente:

Al gobernador, brigadier general
DON BARTOLOME MITRE,
libertador
de la república Argentina.

Esta arma ha sido compuesta por M. Bertonnet, armero en Buenos Aires, y ejecutada en París bajo su dirección en los talleres de M. Delacour, espadero patentado de S. M. el emperador. P. P.

ducciones el *Mercurio* de Valparaiso, el *Progreso* y el *Comercio* de Santiago.

Los sucesos políticos le volvieron á llevar á Buenos Aires, donde le esperaban los mas altos destinos. En tiempos de la administración ilustrada, liberal y fecunda del doctor Obligado y Alsina, ocupó los primeros puestos políticos, y se dió á conocer como uno de los mas elocuentes oradores de la Asamblea legislativa, hasta el momento en que la confianza nacional le confirió el poder supremo, después de la batalla de Cepeda, poder que ha ilustrado recientemente con la victoria de Pavon, que ha destruido la autoridad dictatorial de Urquiza, permitiendo que la nación se agrupe en torno de una misma política para no formar mas que una familia.

El general Mitre ¡cosa sin ejemplo en la historia argentina! ha recibido de la voluntad libre y espontánea de las provincias los poderes necesarios para la reconstitución de la república; pero lo mas asombroso aun es que ese gran ciudadano, á pesar de la omnipotencia de acción que debia á ese mandato unánime y á su posición de triunfador, ha sometido sus delegaciones a la decisión de las Cámaras, limitándose en la cumbre del poder á no ser otra cosa que el mas escrupuloso servidor de las leyes del país.

Los hombres que colocan la inteligencia y las obras por las cuales se manifiesta muy por encima de las grandezas políticas, pueden felicitarse de que el presidente de una república, el defensor victorioso, el entendido organizador, y podemos decirlo así, el redentor de todo un pueblo, busque su gloria principalmente en el cultivo y la afición á las letras: estos saludarán en el general Mitre al biógrafo imparcial, severo é inspirado, que al escribir la vida del general Belgrano, ha redactado la historia mejor y mas completa de la independencia, así como también al cantor mas armonioso de *Las Rimas*, suaves poesías hijas del destierro.

Nuestro retrato es sumamente fiel: el general Mitre tiene el cutis pálido y transparente, los ojos grandes y de expresión melancólica. Su frente es espaciosa y tie-

Problemas de ajedrez.

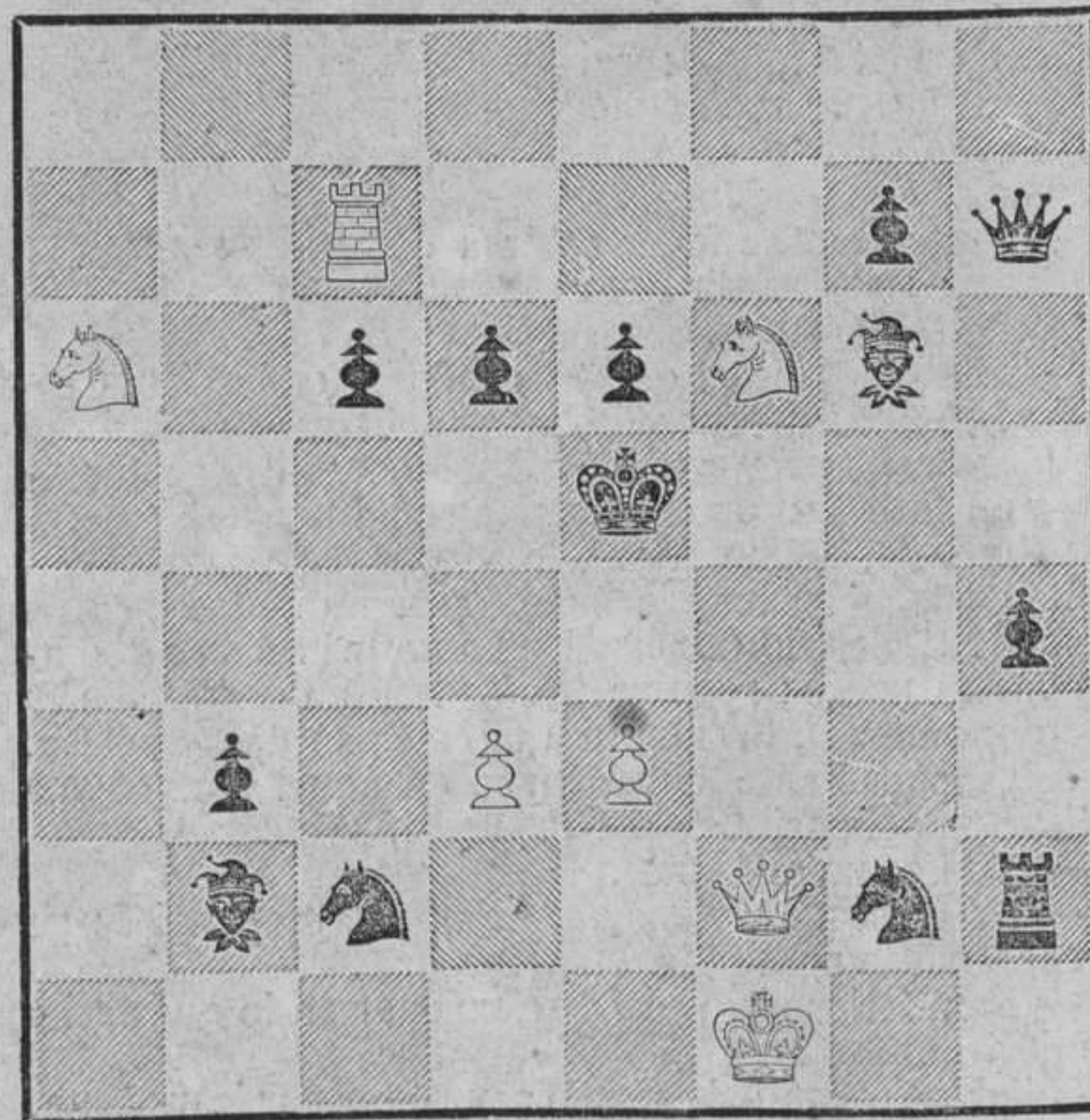
Solucion del número 9.

1 A 6ª CRª 2 A 7ª TRª 3 R 7ª ARª 4 R 6ª CRª
P 3ª C (A) R come P P 1 p R juega
5 R 6ª A mate.

(A) R come P 2 R 7ª ARª etc.

PROBLEMA NUM. 10, POR L. GENTILHOMME.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.



Espada regalada al general Mitre, vencedor de Pavon.